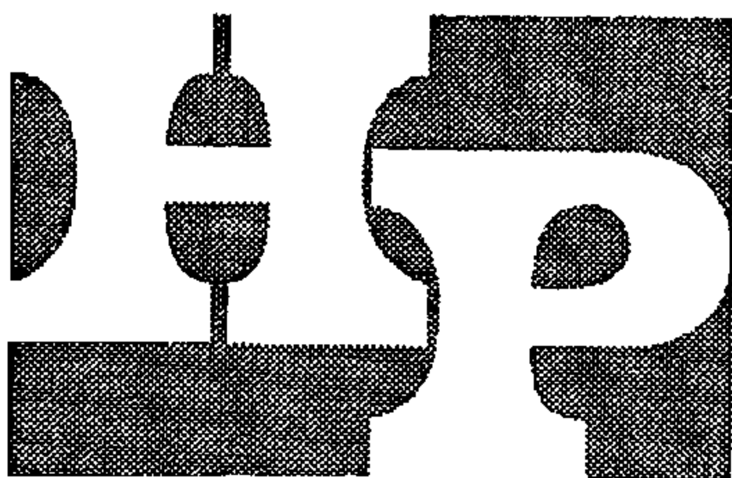


Yo, el sheriff

Keith Luger





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

YO, EL SHERIFF

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 414
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 38.328 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: diciembre, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* de Spring Valley, Jim Clifford, entró como un huracán en su oficina.

—¡La botella! —gritó—. ¿Dónde está la botella?

Su ayudante, Sam Elliot, saltó de la silla.

—¡Eso! ¿Dónde está la botella? ¡Vivan los novios! ¡Hay que festejearlo! —Estaba borracho y se tambaleó.

El *sheriff* Clifford tenía veintiocho años y era de cabello negro, ojos azules y rostro bronceado, de facciones correctas. Su ayudante, Sam Elliot, ya había cumplido los cincuenta años y era dos palmos más bajo que Clifford, tirando a rechoncho.

—¡Sam, estás como una cuba!

—No, señor, estoy la mar de bien… Puedo acertar ahora mismo al centro de una moneda de diez centavos —sacó el revólver, pero le costó mucho trabajo—. ¡Tira la moneda, Jefe! ¡Tirela!

—¡A ti es a quien voy a tirar de esta oficina, Sam! ¡No puedes ni mantener el equilibrio!

—Jefe, ¿por qué volviste tan pronto? Tenías que ir a casa de la señora Meredith para que te leyese el porvenir con los naipes.

—Nunca he ido a casa de la señora Meredith para que me leyera el porvenir. No soy un tipo supersticioso. Fui allí porque era su cumpleaños.

—Y te dio pastelillos.

—¡No!

—¿Pudding de manzana?

—¡No te importa lo que la señora Meredith me haya dado! Pasaba hace un momento por la puerta de la Asociación Cívica y allí estaban cuatro…

—Cuatro brujas.

—¡Cuatro señoras!

—Bueno, cada uno las debe llamar como puede.

—Esas cuatro señoras hablaban. Una de ellas decía: ¿Para cuándo arrojará el *sheriff* ese borracho de su oficina? ¿Y sabes a quién se referían?

—A Lorigan, el preso de todos los sábados.

—¡Sabes demasiado bien que no se referían a Lorigan! ¡Te estaban nombrando a ti, Sam Elliot! Eres la vergüenza de esta oficina. Se supone que un representante de la Ley debe ser moderado en la bebida. ¿Y qué haces tú cuando apenas doy media vuelta? ¡Ya estás buscando la botella! ¿Dónde, la escondiste, esta vez? ¿Dónde?

—Que me caiga aquí ahora mismo si he escondido la botella.

Sam Elliot trazó un círculo y se cayó.

—¡Que me estrello, jefe!

—¡Te está bien empleado por jurar en falso!

Sam gimió:

—Jim, ¿por qué eres tan duro conmigo?

—Quiero regenerarte.

—Yo no quiero que nadie me regenere.

Clifford empezó a abrir cajones, los de la mesa, los del archivo. Pero no encontró la botella.

Entonces entró en la celda que estaba abierta y levantó el jergón. Tampoco estaba la botella allí. Miró la ventana enrejada. Sólo tuvo que levantarse de puntillas y coger la cuerda que estaba atada de uno de los barrotes. Tiró de la cuerda y enseguida tuvo la botella en sus manos.

No era un frasco normal, sino más pequeño, donde había un letrero que decía: «Elixir que cura el dolor de estómago y el estreñimiento, la pulmonía y otras enfermedades variadas. Y también mata la solitaria».

—Conque un curalotodo, ¿eh, Sam?

Elliot puso cara de tristeza.

—Déjame beber el trago que queda.

Jim quitó el tapón de la botella y volcó el *whisky* sobre las baldosas de la celda.

—Ellas también están secas —rezongó.

Sam, vio cómo el *whisky* corría por las junturas de las baldosas.

Se tocó el estómago.

—Habría estado mejor aquí.

—Siéntate, Sam.

—Sí, me sentaré. Acaba de una vez conmigo.

—¿Cómo quieres que te meta en la cabeza que una autoridad debe dar ejemplo?

La puerta se abrió y una voz femenina dijo:

—Ejemplo de sinvergüenza. Eso es lo que usted está dando, *sheriff*.

Jim Clifford y Sam Elliot miraron a la joven. Podía tener unos veintidós o veintitrés años y era esbelta, de rostro bellísimo y curvas pronunciadas. Y su cara era maravillosa porque poseía unos ojos grandes, negros, una nariz recta, cuyas aletas ahora palpitaban mucho, como una potranca dispuesta a emprender una carrera.

—¿La conoces tú, Sam? —preguntó el *sheriff*.

—No.

—Señorita, ¿quién es usted?

—La que le va a poner las peras al cuarto.

—¿Peras? No queremos peras.

—Muy gracioso *sheriff*. Muy gracioso. Pero ya imaginé que no quería peras. Ni tampoco querrá manzanas.

Sam Elliot pensó que la forastera iba a ser su salvación. El *sheriff* se disponía a soltarle el discurso cuando ella llegó. Se levantó y se quitó el sombrero.

—Señorita, a sus pies. ¿Quiere que la acompañe a alguna parte?

Clifford exclamó:

—¡Déjate de tonterías, Sam! Tú no puedes acompañar a nadie. ¡Estás ebrio!

La joven intervino:

—¡Hay cosas mucho peores que estar ebrio, *sheriff*!

—Dígame una.

—Tener un hijo.

Jim cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Oiga, señorita, tener un hijo no es nada malo. Sí ése es su caso, debe sentirse orgullosa.

—¡Pare el carro, *sheriff*! No empiece a soltarme también a mí su sermón. ¡Sería el sermón de un granuja!

—¿Eh?

Sam Elliot se echó a reír.

—Ha dicho granuja, jefe, Y palabra que, cuando dijo granuja, te estaba mirando a ti.

—¡No hace falta que me lo expliques, Sam! ¡Lo he visto!

Clifford se acercó a la joven.

—Su nombre.

—Eleanor Brian.

—Señorita Brian, no la he visto nunca y, por tanto, debe ser usted forastera.

—Como adivino, no se va a ganar un premio.

—Le voy a adivinar algo. Señorita Brian, está insultando a una autoridad. Al *sheriff*. Y ése soy yo. ¡Y tan insulto se castiga con una multa o varios días de prisión!

—No me diga —dijo ella jactanciosamente.

—Haré como que no ha he oído hasta ahora.

—Tendrá que escucharme otras cosas.

—Pues tenga cuidado con lo que dice porque le puede costar caro.

—¿Cómo cuánto de caro, *sheriff*?

—Mi cargo se *sheriff* me permite poner multas de hasta cincuenta dólares o siete días de prisión. Si la pena es superior, corre a cargo del juez Sullivan. ¿Me explico bien?

—Como un libro abierto, *sheriff*.

—Lo celebro.

—Espere un poco para celebrar algo, padre desnaturalizado.

—¿Qué es lo que dijo?

Sam dejó oír su voz, tras soltar un hipido:

—Ha dicho padre desnaturalizado.

Jim dio un suspiro.

—Señorita Brian, creo que ya sé lo que le pasa a usted.

—¿Lo sabe?

—Está un poco… —dejó la frase sin terminar, pero se llevó el dedo a la frente.

—Conque estoy loca, ¿eh?

—Sí.

—Y también habrá considerado loca a la madre de su hijo.

—¿La madre de mi hijo? ¿Qué hijo?

—¡El suyo, *sheriff*!

—Señorita Brian, ¿a qué infiernos ha venido aquí?

—He venido solo a una cosa, *sheriff*. A ajustarle las cuentas, por…

—¡Cuidado!

—¡Por sinvergüenza y por bandido!

—¡Señorita Brian!

—Sí, ya me dijo que puede multar a meterme en la cárcel. Y estoy de acuerdo. Usted me pondrá imponer una multa de cincuenta dólares o encerrarme siete días en la celda. ¡Pero todo el mundo de este pueblo sabrá que usted me ha multado por decir la verdad, sólo la verdad y nada más que la verdad!

Jim se pasó una mano por la cara.

—Sam, ¿estoy despierto?

—Estás despierto, jefe. ¿Por qué no nos vamos a la casa de la señora Meredith siempre tiene le mejor *whisky*?

—¡No hay *whisky*!

—No, claro. El *whisky* de la señora Meredith te lo bebes tú solo.

Jim dirigió una furiosa mirada a su ayudante y luego clavó sus ojos en los de Eleanor Brian.

—¿Quiere rectificar algo antes de que proceda contra usted, señorita Brian?

—Es usted muy considerado al darme una oportunidad.

—Me hago cargo de que usted es nueva aquí y que no me conoce.

—Ya le conozco muy bien, *sheriff*. Me bastó encontrar lo que me encontré en el establo cuando fui a dejar mi carro.

—¿Puedo saber qué es lo que encontró?

—Desde luego, *sheriff*.

—Muéstremelo.

—Sólo tendrá que esperar unos instantes.

Eleanor Brian salió de la comisaría.

—Lo que me faltaba hoy. Mi ayudante borracho, y una loca que se me cuela en la oficina.

—Hay días peores —murmuró Sam.

Eleanor entró en aquel momento con un envoltorio.

Lo acunaba entre sus brazos. Y de aquel envoltorio salió un lloriqueó, el lloriqueó de un bebé.

Jim y su ayudante se quedaron embobados viendo a la joven

que, muy seria y con la barbilla levantada alargó el envoltorio y dijo:

—*Sheriff*, éste es su hijo.

Capítulo II

Las palabras de Eleanor Brian habían causado honda impresión en el *sheriff* y su ayudante.

—Jim —rompió el silencio Sam Elliot—. Coco…

—¡No tengo coco!

—No, si lo que yo pregunto es cómo ha dicho eso.

—Ya te lo advertí antes de que ella volviese. ¡Está chiflada!

Eleanor sonrió con sarcasmo.

—Ya esperaría eso de usted, señor Clifford. No crea que me da una sorpresa. No, no me la da. Sabía que usted negaría ser el padre de su hijo.

—Señorita Brian, yo soy soltero.

—Me informó el dueño del establo. Sé que es usted soltero y le debería llenar más de vergüenza. Porque este niño que tengo en mis brazos, este bebé que no debe tener más de una semana, es suyo, señor Clifford.

¡Todo suyo!

El ayudante Sam cogió la mano de Clifford, cuyo brazo estaba muy lacio, y lo sacudió diciendo:

—Enhorabuena, Jim. Esto hay que celebrarlo. Casi nada. ¡Tienes un hijo! ¡Un heredero!

Jim le pegó un sacudón.

—¡Suéltame la mano!

—¡Sólo te estaba felicitando!

—¡No puedes felicitarme! ¡Yo no he tenido ningún hijo!

Eleanor dijo:

—Sabemos perfectamente que la madre naturaleza ha dispuesto que lo hombres no puedan tener hijos. Sólo las mujeres los pueden tener. Pero este niño es suyo y de la mujer que usted sabe.

—¿La mujer que yo sé? —dijo Jim haciendo un gallo con la voz.

—Señor Clifford, también la madre naturaleza ha dispuesto que un hijo no venga al mundo si no es por el mutuo acuerdo, en un momento determinado, de un hombre y una mujer.

—¡Vivan los novios! —dijo Sam, y empezó a dar vueltas por la comisaría—. ¿Dónde está el *whisky*? ¿Dónde está el *whisky* para celebrarlo?

Jim ya no le prestó atención porque se la prestaba a la joven que acababa de conocer y al bebé que llevaba en brazos.

—Señorita Brian, me hago cargo de la situación.

—Ya era hora que lo dijese.

—¡No me interrumpa!

—Adelante, *sheriff*.

—Usted parece una buena chica. Y es bonita y atractiva. Es comprensible que los hombres se sientan atraídos por usted. Comprendo su problema… Hay mucha gentuza por ahí.

—Sí, *sheriff*. La hay —repuso la joven mirándole con mucha intención.

—Usted es víctima de las circunstancias… Así debieron pasar las cosas. Usted no quería a ese hombre, pero él la obligó.

—¿De qué hombre está hablando?

—Del padre de ese niño y de la madre de ese niño, que es usted.

Eleanor agrandó los ojos.

—¡*Sheriff* piojoso! ¿Qué calumnia está levantando contra mí?

—¡Señorita Brian!

—¡No empiece con las multas o yo empiezo a estacazos!

Sam Elliot se puso a bailotear entre Jim y Eleanor.

—No peleen, muchachos. Eso hay que celebrarlo. ¡Viva el hijo del *sheriff*!

Jim lo cogió por las solapas.

—¡Sam, si vuelves a nombrar al hijo del *sheriff*, te meto en la ratonera!

Le dio un empellón enviándolo contra la pared. Luego se revolvió furioso y apuntó a Eleanor con el brazo extendido:

—¡Señorita Brian, nunca podrá lavar su pecado echándomelo a mí!

—¡*Sheriff* bribón…! ¡Es, un *sheriff* miserable! ¡Es un, *sheriff*…!

—Soy un *sheriff* que hace justicia. Entérese, señorita Brian. Yo

impuse la ley en esta ciudad. ¿Y sabe lo que era cuando llegué? ¡Un estercolero! ¡Me costó varios meses meter a la gente en cintura! ¡Pero yo convertí Spring Valley en lo que hoy es! ¡Una ciudad que siempre da ejemplo!

—Y les pasó la factura.

—Es cierto que me pagaron mil dólares por jugarme el tipo con los pistoleros. Y luego me ofrecieron un buen sueldo para que me quedase. Y hasta ahora, siempre he cumplido con mi deber, señorita Brian. Así es Jim Clifford. ¡Ése soy yo, el *sheriff*!

—Pero no se contentó con la pasta. Usted se refirió antes a mi físico para alabarlo. Y debo confesar que usted tampoco está nada mal.

—Gracias.

—Y está soltero.

—Lo estoy porque quiero.

—Y no me negará que de vez en cuando echará una cana al aire.

—No está bien que diga eso.

—¿Echa una cana al aire?

—¡Está bien, la echo! ¡Soy un hombre!

—Pues ahí tiene el resultado de la cama —levantó al bebé.

Jim se frotó el cabello.

—Sam, ¿dónde estás?

Elliot apareció a su espalda.

—¡Aquí estoy, jefe!

—¡Llévatela al doctor Connors! ¡Qué le examine la cabeza!

—¡Ahora mismo!

Sam corrió hacia la joven, pero ésta le apartó de un manotazo.

—*Sheriff*, creí que no sería necesario llegar a este punto. Pensé que usted admitiría su error. Que reconociera a esta carne de su carne. A este niño que lleva su misma sangre.

—¡No hay ni una pizca de carne ni un dedalito de sangre en ese niño que me pertenezca!

—Usted lo ha querido, *sheriff*.

Eleanor se metió la mano en el bolsillo y sacó una carta.

—Escuche lo que dice el sobre: «A Jim Clifford, *sheriff* de Spring Valley».

—¿Dónde encontró la carta?

—Cogida con un imperdible en los pañales del niño.

—¿Y dónde encontró al niño?

—En un rincón del establo de Isaías Parker, entre la paja. ¡Y ahora va escuchar lo que dice la carta!

—¡Sam!

—¡A la orden, jefe!

—Que le lea la carta al doctor, Connors.

—Oh, no —chilló la joven—. ¡La carta la va a escuchar usted!

—Que la lea —dijo Sam.

—¡Tú no vas a escuchar nada! —exclamó el *sheriff*.

—Está bien, jefe. Me tapo los oídos. —Sam se cubrió las orejas, pero no mucho.

La joven ya había sacado el papel del sobre y leyó: «Querido Jim» —se interrumpió—. Y ese Jim es usted, puesto que llama Jim Clifford y el sobre va dirigido a Jim Clifford.

—¿Qué más?

—¿Ya tiene interés por saber el resto?

—¡No se detenga! ¡Léalo de una vez!

—«Querido, Jim —repitió Eleanor: He aquí el fruto de nuestra unión. Fuimos los dos culpables, pero yo no puedo hacer frente a mi responsabilidad. Soy una desgraciada. Pero tú eres un representante de la ley, un *sheriff*, y con tu sueldo podrás atender a este hijo que entre los dos hemos traído al mundo. Yo me marcho con todo tu amor. Él se merece nuestro cariño. Ya que no tiene el mío, que tenga el de su padre, para que el día de mañana sea todo un hombre».

Eleanor se interrumpió gimiendo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Dios mío, no puedo terminar.

—¡Pues termine!

—Se me ha hecho un nudo en la garganta.

Eleanor hizo un esfuerzo y continuó leyendo: «Adiós Jim. No me busques porque no me encontrarás. Ya sufrí mucho y no quiero sufrir más. Que el cielo se apiade de ti porque yo también te perdono».

—¡La firma! ¿Quién la firma? —gritó el *sheriff*.

—¡No hay firma!

—¿Cómo qué no hay firma?

Jim le arrebató el papel y comprobó que, efectivamente, tras la

última palabra no había nada.

Sam Elliot estaba llorando. Sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas. Se acercó a su jefe y le puso una mano en el brazo.

—Valor, jefe, valor.

—¿Qué valor no qué niño muerto?

—¡El niño está vivo! —repuso Eleanor.

—Sí, lo está mucho a juzgar por sus berridos.

—¡No diga que su hijo suelta berridos, animal!

—¡No es mi niño! ¡Y no he tenido nunca un niño! ¡Lo juro por todos los niños del mundo! —hizo una pausa y chasqueó los dedos —. ¡Ya lo sé!

—Por fin recuerda a la madre, ¿eh?

—Claro que sé quién es la madre. ¡Usted! ¡Fue lo que dije antes! ¡Usted es la madre de ese becerro!

—¡Cómo lo llame otra vez becerro, me lo como, *sheriff*! ¡No voy a dejar de usted no los huesos! Palabra de Eleanor Brian. De modo, que ya puede sacar el librito de las multas, porque no va a tener bastantes hojas para multarme.

Jim dio dos pasos vacilantes hacia la mesa y se dejó caer en la silla. Estaba exasperado.

—Señorita Brian, por lo que más quiera, tenga compasión de mí.

—Pide compasión, cuando es demasiado tarde. Pregúntese que le pasará a esa pobre mujer.

¿Qué pobre mujer?

—¡La madre de este niño! La mujer con la que usted se debió casar antes de que le diese el fruto de sus entrañas.

—Por lo que más quiera. Deje el folletín para las mujeres de la Asociación Cívica.

—Sí.

—Está bien. Iré allí para pedir justicia.

Sam Elliot, pegó un puñetazo en la mesa y estuvo a punto de caerse en el suelo.

—¡Jim, esto lo has llevado demasiado lejos!

—¿Qué te pasa, Sam?

—¡Qué estoy harto ya de que niegues la paternidad!

—¡Te voy a romper la cara, Sam!

—¡Tú me romperás la cara, los huesos, todo lo que quieras romperme, pero la carta lo dice bien claro! ¡Tú eres el padre! ¡Y

también eres la madre!

—¡Sam, no sabes lo qué dices!

—¡Eres la madre, puesto que ella se ha ido!

—Sam, yo no he tenido relaciones de esa clase.

—¿Ah, no? ¿Cómo puedes saberlo? Cualquier hombre puede ser el padre sin saberlo. ¿Qué me dices del cuarto de hora tonto?

—¡Eso no es cuestión de un cuarto de hora! ¡Son nueve meses! ¿Cómo no iba a saber yo una cosa que estaba clara? ¿Por qué ella, cualquiera que fuese, no me lo iba a decir?

—Por vergüenza.

El niño seguía llorando.

—Debe ser la hora se su biberón —dijo Eleanor—. ¿Tienen un biberón, *sheriff*?

—¿Cómo quiere que tenga un biberón en la cárcel?

—Se lo prepararé yo.

—¡Usted no va a preparar nada!

—¡Sólo quiero un bote de leche!

—¡No hay bote de leche!

—Claro el bote lo quiere usted. Menudo *sheriff* granuja está usted hecho.

—¡A la celda, señorita Brian! ¡A la celda!

—Entraré con el niño.

—¡Entre con el niño y con su tía! ¡Pero yo a usted la encierro!

—Iré a la Asociación Cívica en cuanto me suelte. Y si allí hay honrados ciudadanos, comprenderán, que usted no sólo está pisoteando los derechos constitucionales de una ciudadana, los míos, si no otros mucho más sagrados. —La joven levantó la mirada al techo—. Los derechos de un hijo fruto de un arrebato. Un hijo que nació del amor y que ahora se ha convertido en el hijo del pecado.

Jim y su ayudante también miraron al techo. Pero la joven ya no dijo más. Con mucha dignidad, abrió la puerta de la celda y entró, cerrando a continuación.

Jim y Sam seguían mirando al techo.

—Jim —dijo Eleanor— su hijo ya no puede más. Prepare el biberón porque se está comiendo los dedos.

CAPÍTULO III

Elke Faney, una girl del saloon Foster, se encontraba en un reservado con Steve Peterson, el herrero de Spring Valley.

Ella era rubia muy hermosa, y él alto y muy bruto.

—Cariño, me dijiste que me regalarías una pulsera. —Dijo Elke.

—Ya ten ganaste un par de eslabones. A ver si te ganas el resto.

Elke le besó en los labios.

—¿Y ahora pichoncito?

—Ya tienes otro eslabón.

En aquel momento se abrió la puerta y entró el *sheriff* Clifford.

El herrero Peterson le miró con malos ojos.

—*Sheriff*, nadie le invitó a esta fiesta.

—No, Steve, nadie me invitó, pero tengo que hablar con Elke.

—Soy un cliente que paga y no consiento a nadie, ni siquiera a una autoridad, que interrumpa mi diversión.

—Tengo que hablar muy seriamente con Elke. Déjanos solos.

Steve se levantó. Era casi tan alto como Jim.

—*Sheriff* nunca me gustó su fanfarronería. Y por fin ha llegado el momento de demostrarle que su estrella no le sirve para hacerse el gallito en este corral.

—Steve, será mejor que eches a andar y salgas de aquí. Te dejaré a Elke dentro de un rato.

—Conque es eso. Yo, me tengo que poner a la cola. Pues se equivoca, *sheriff*. Éste es mi turno y no se lo cedo a nadie. Y ya se acabó de darle explicaciones porque esto es un puño y se lo voy a meter en la boca.

Soltó un derechazo, pero Jim, lo burló con facilidad y replicó con un golpe al hígado.

Jim Clifford, estaba furioso. Demasiado furioso por las cosas que

habían ocurrido en su oficina. Y sólo le faltaba que Steve Petterson tratase de golpearle.

Steve retrocedió aullando.

—¡Le voy a machacar, *sheriff*! ¡Lo voy a triturar!

Embistió al *sheriff* al mismo tiempo que le tiraba los puños, Clifford no se dejó tocar una sola vez. Burló a Steve de una serie de quiebros y, cuando su rival perdió el equilibrio, le colocó un terrible gancho en la mandíbula.

Steve voló por el aire y cayó en el suelo despatarrado. Ya no se levantó.

Clifford se volvió hacia la asombrada joven.

—Steve, lo quiso.

Elke le miró mientras ahuecaba el cabello.

—Caramba, Jim, no sabía que estuvieses tan perdidito por mí.

—No se trata de eso.

—¿No?

Jim sacó la carta que le había leído Eleanor Brian y la arrojó sobre la mesa.

—Lee, Elke.

La joven empezó a leer la carta y dijo:

—¡Caramba, *sheriff*, que calladito lo tenías!

—¡Termínala y luego los comentarios!

Elke terminó de leer la carta y dijo:

—Enhorabuena, *sheriff*.

—Te aceptaría la enhorabuena si yo fuese el padre de ese niño.

—¿No lo eres, Jim?

—¡No!

—Aquí dice que sí.

—¡Es una maldita mentira! ¡Y a eso he venido! ¡Quiero saber la verdad!

Elke, aturdida dijo:

—Lo siento, *sheriff*. Pero yo tampoco soy su padre.

—No. Elke, no eres su padre, ni tampoco eres la madre. Verás, tú llevas más tiempo que nadie en la ciudad. Estabas aquí cuando yo llegué. He pensado que quizá tú reconocerías la letra. Y si reconoces la letra sabríamos quién ha escrito la carta.

—Tienes razón.

—Inténtalo.

Elke observó otra vez el contenido de la carta.

—Me parece…

—Sigue. ¿Quién la escribió? Suéltalo.

—Lola, la mexicana.

—No puede ser.

—Tienes razón. A Lola la estamos viendo todos los días. Yo he sido su compañera de alcoba en la pensión de la señora Harrison y no he notado nada. No, ella no es. Estoy segura.

—Sigue buscando en tu mente.

Elke se mordisqueó las uñas mientras continuaba observando las palabras escritas.

—Priscila tuvo un hijo, pero se lo llevó.

—Ese niño debe tener ahora más de un año. Y este que me trajeron tiene, cuanto más un par de semanas.

—Lo siento, Jim, pero está claro que no es de ninguna de las chicas del saloon.

—Eso creí recordar, pero quería asegurarme. Gracias de todas formas.

Jim se hizo cargo de la carta y salió del reservado.

Elke corrió al lado de Steve y le palmeó la cara. Cuando el herrero empezó a volver en sí dijo:

—¿Cuántos eslaboncitos de la pulsera se ha ganado tu nena?

Jim Clifford estaba en la cantina de Pancho, el mexicano.

La carta era observada por Pancho, un tipo gordito, y de gruesa papada.

—Sí, hubo una chica que estuvo en estado interesante.

—¿Quién?

—Dorotea.

—¿Quién es Dorotea?

—Aquella morenita del lunar en la cara. Era muy guapa. Y a ti te llamó la atención.

—Sí. Ahora recuerdo.

Sólo estuvo aquí un par de meses.

—¿Y cuánto ocurrió eso?

—Más o menos, hace nueve o diez meses. Así que las fechas coinciden.

—Te falta saber una cosa, Pancho.

—¿El qué?

—¡Que yo nunca sostuve relaciones íntimas con Dorotea! ¡Nunca! ¿Lo oyes?

—Si tú lo dices…

—Pancho, no me gusta que sospechen de mí cuando no hay razón.

—Oye, Jim, yo sólo me limito a opinar sobre lo que dice aquí.

—¿Por qué te crees que he venido, Pancho? ¡Quiero recuperar a la madre!

—Es lógico que lo hagas. La chica debe estar bastante mal de ánimos. Tienes más responsabilidad con ella.

Jim cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Pancho, no tengo la más remota idea de la mujer que he escrito esa condenada carta. Y eso que dice de ella y de mí, es una sarta de mentiras.

Cogió la carta de manos de Pancho y abandonó la cantina.

Se fue al establo de Isaías Parker.

—Hola, Isaías.

—Mis felicitaciones, *sheriff*.

Jim se armó de paciencia.

—Eres muy amable, Isaías.

—Un hijo es un don del cielo.

—Sí, eso dicen. Y también dicen que trae un pan debajo del brazo. Pero éste no trajo un pan, sino una carta.

—Pero no la tenía bajo el brazo, sino cosido a los pañales.

—¿Quién descubrió al niño, Isaías?

—La forastera. Yo estaba hablando con ella. Y de pronto, el niño empezó a llorar y la chica echó a correr hacia el fondo.

—Indícame dónde estaba el niño.

—Sígame.

Profundizaron en el establo hasta llegar a la última pared. Allí había un montón de paja. Se veía claramente una huella, una pequeña hondonada, donde había sido colocado en envoltorio.

Jim hurgó, pero no encontró nada. Allí sólo quedaba paja.

Miró a Jim.

—¿Quién es la madre?

—No lo sé.

—Éste es tu establo.

—Sí, *sheriff*, es mi establo, pero yo no contraté a nadie para que

dejase al niño. Verá, estuve ausente durante una hora. Me invitó a tomar un trago Joe, el barbero y, al regresar, me encontré con la chica en la puerta.

—¿La forastera?

—Sí. Dijo llamarse Eleanor Brian. Venía en un carro. Quería dejar el vehículo y el caballo a mi cuidado.

—¿De dónde venía ella?

—Dijo de Rostrogordo.

—Eso está a doscientas millas al norte. ¿A qué se dedica esa joven?

—No lo sé. Todo pasó muy deprisa. Sólo me había dicho eso. Que venía de Rostrogordo cuando se oyó el lloriqueo.

—De modo que ella estaba en el establo antes de que tú regresases.

—Sí.

—Por lo tanto, pudo meter al niño en ese lugar y volver a la puerta a esperarte.

—No lo había pensado.

—¡Pero yo, sí lo he pensado! —dijo Jim y echó a andar rápidamente.

Poco después entraba de nuevo en la oficina.

La celda estaba abierta.

Eleanor Brian sonreía al niño que tenía entre sus brazos.

Sam tenía en la mano un biberón.

—¿Un poco más, señorita Brian?

—No, se ha quedado satisfecho. Se dormirá enseguida.

Jim se detuvo en la puerta de la celda.

—Señorita Brian…

La joven levantó la mirada.

—Hola, *sheriff*. ¿Ya sabe quién es la madre?

—Sí, ya lo sé.

—Estupendo, *sheriff*.

—Usted es, definitivamente y si ningún género de dudas, la madre.

Capítulo IV

La joven hizo un gesto de furia.

—¿Otra vez pretende endosármelo?

—Usted es la que pretende endosarme el niño a mí. He tratado de hacerlo desde el principio. ¡Pero le ha salido el tiro por la culata! He investigado, señorita Brian, y he llegado a la conclusión de que sólo usted pudo traer a Spring Valley a ese niño.

La joven se levantó y entregó a Sam el envoltorio.

—Sosténgalo un momento, señor Elliot.

—Oh, sí, con mucho gusto —dijo el ayudante, a quién se le había pasado el mareo.

La joven puso los brazos en jarras y echó a andar hacia Jim.

—¡Señor Clifford soy soltera!

—¡También yo soy soltero y me acusa de ser yo el padre!

—¡No he sido madre!

—¡Tampoco yo he sido padre!

—¡Un poco más y me sugerirá que hemos tenido el niño entre usted y yo! Y que lo debemos sortear.

—De eso nada, señorita Brian. Me podría tocar a mí, y yo no me juego un niño a la lotería.

—¡Yo tampoco me jugaría un hijo en una rifa!

—Cálmese, señorita Brian.

—Usted es el que me está haciendo perder la paciencia con sus absurdas negativas. La carta lo dice todo bien claro. Pero ahora me acusa a mí. ¿Nos hemos visto alguna vez, señor Clifford?

—No.

—¿Entonces?

—No se haga la ingenua, señorita Brian. Usted pudo enterarse perfectamente de mi nombre. Me conocen muchos en la ciudad y

fuera de la ciudad. Usted estaba buscando un padre para ese hijo. Por alguna circunstancia, usted no puede endosárselo al verdadero.

—¡Le voy a arañar!

—Fue muy ingeniosa, señorita Brian. Preguntó por ahí y supo de mí, un hombre famoso en esta comarca. Tengo fama de duro por lo que hice al enfrentarme a los pistoleros. Tengo veintiocho años y no soy casado. Gano un buen sueldo. En resumen, que usted pensó que yo cumplía los mejores requisitos para ser el padre de su niño y que le sería fácil arreglarlo con esa cartita. Más tarde, le da un besito a su bebé y se larga con la música a otra parte.

—De modo, que soy una madre sin conciencia.

—Sí, señorita Brian.

—¡Ahora sí que le araño!

Eleanor saltó sobre Jim buscándole la cara con las zarpas.

Jim la pudo sujetar por las muñecas, pero ella llevaba demasiado impulso y no pudo apartarla.

Los dos cayeron al suelo.

Eleanor gritaba:

—¡Me las pagará todas, *sheriff* maldito! ¡Ha dicho barbaridades de mí! ¡Usted es el único padre! ¡Ese hijo es suyo!

—¡Lo mismo digo!

Dieron vueltas en el suelo, pero Jim pudo quedar encima y le sujetó las manos contra las baldosas.

—¡Señorita Brian, conténgase!

—¡Sólo me voy a contener cuando lo haya marcado por toda la vida!

En aquel momento se abrió la puerta de la comisaría.

Sam, que seguía sosteniendo al niño en brazos, dijo:

—Jim, tienes visita.

Clifford levantó la mirada y vio a dos hombres en la oficina. Eran forasteros y no le gustó su aspecto Tenían la vestimenta sucia, la barba crecida y los dos llevaban la pistolera muy baja.

—Vuelvan en otro momento, muchachos.

Los dos recién llegados habían quedado sorprendidos viendo al *sheriff* en la celda encima de le joven.

El más alto, un pecoso, dijo:

—Con las manos en la masa, ¿eh, *sheriff*?

—No se haga el gracioso, forastero.

El otro tipo, muy moreno, con cara de loco, dijo:

—Rex, el *sheriff* está ocupado.

—Pues nosotros lo vamos a desocupar, Luke.

Jim Clifford dejó a la joven y se puso en pie.

—¿Quiénes son ustedes?

—Dos angelitos.

—¿Y dónde se dejaron las alas?

Rex, el alto pecoso, sonrió.

—Apúntese un tanto, *sheriff*.

—¿Qué quieren?

—Su vida.

—¿Mí qué?

—Le vamos a freír, *sheriff*.

—¿Por qué me van a freír?

—Por algo malo que hizo.

—¿A qué se refiere?

—No lo sabemos. La persona que nos paga sólo nos dijo eso. Que usted la tenemos que despachar por algo malo que hizo.

—¿Quién es la persona que les paga?

—Secreto profesional.

Jim se estaba llenando otra vez de rabia. Durante los últimos tres meses no había tenido una pelea ni que disparar el revólver. Tres meses de paz y de tranquilidad en Spring Valley, y ahora, en unas cuantas horas, todo se había complicado. Su ciudad se había convertido en un polvorín. Sí, eso era Spring Valley. Un maldito polvorín que amenazaba con estallar de un momento a otro.

Clifford terminó de salir de la celda.

—Muchachos, me van a decir el resto. Y para que no hagan más preguntas, les diré cuál es el resto. El nombre de su patrón. ¡Tienen tres segundos!

—Empiece a contar —dijo Luke con una sonrisa.

—¡Uno…! ¡Dos…! ¡Tres…!

Los dos pistoleros echaron mano a la funda.

Jim se dio también mucha prisa en sacar.

Eleanor estaba a gatas y pegó un escalofriante chillido al producirse el estruendo. Inclinó la cabeza.

Sam se dejó caer en el camastro con el niño.

Se hizo un silencio.

Eleanor levantó la cara y vio al *sheriff* tendido en el suelo, inmóvil.

Y también yacían inmóviles los dos pistoleros.

—¡Han matado a su jefe, Sam!

—Sí, eso parece.

—Pero ¿qué va a pasar ahora?

—¿A qué se refiere?

—¡Al niño! ¡No tendrá padre!

—Señorita Brian, Clifford ya está muerto. ¿Por qué no me dice la verdad? Ya no le hace falta mi jefe, puesto que no puede ser el padre del bebé.

—¿Qué trata de insinuar, Sam?

—Qué quizá mi jefe tenía razón. Que usted llegó aquí en busca de un padre para su hijo y que le *sheriff* le pareció el mejor.

—¡Ahora mismo voy a coger a ese niño y me largo de aquí!

—Si usted es su madre, es lógico que lo haga, ya que le salió mal el truco.

—¡Sam, este niño no es mío! Yo no lo había visto en mi vida antes de llegar al establo. Y la carta estaba sujeta a los pañales con un imperdible. ¿Lo entiende? Sólo tuve una intención. La carta decía la verdad y el señor Clifford era el padre de la criatura. Y por eso se lo traje a la oficina. Pero no se preocupe. Yo me ocuparé del niño por algún tiempo, hasta que sepa qué hacer con él. Deme el bebé.

Sam dijo:

—Ya puedes levantarte, Jim.

La joven volvió la cabeza y vio que el *sheriff* se levantaba.

—¿Qué significa esto? —rezongó.

Sam dio un suspiro.

—Señorita Brian, el *sheriff* es un as con el revólver. Por la forma en que disparó, supe que no había recibido ninguna bala.

Eleanor miraba a Sam y a Clifford, el cual estaba inclinado sobre los cadáveres de los pistoleros, registrándoles.

—Maldita sea —exclamó la bella Eleanor—. Se han burlado de mí.

—Gracias por seguirme la corriente, Sam —dijo Clifford.

—No hay de qué, jefe. ¿Encontraste algo que te de una pista?

—Nada. Sólo tienen entre los dos siete dólares.

—Entonces, no le llega ni para el entierro. ¿Ningún papel?
—Nada de nada.
Jim entró en la celda. Se frotó el cogote mientras miraba a la joven la cual seguía indignada y exclamó:
—No tenía derecho a hacer esto, *sheriff*.
—Me ha ayudado para salir de dudas. Usted no es la madre del bebé.
—¡Pero usted no me ha ayudado a salir de dudas a mí!
—¿No?
—Ahora está más claro que nunca que usted es su padre.
—¿Qué le hace pensar tal cosa?
—Dígame, *sheriff*. ¿Qué fue lo que dijeron los pistoleros? ¿Por qué querían matarle?
Jim guardó silencio, y Eleanor exclamó con aire triunfante:
—¡Yo se lo repetiré por si lo ha olvidado, señor Clifford!
—¡No le he olvidado!
—Ellos dijeron que venían a matarle por algo malo que hizo.
—¡No hace falta que lo repitiese!
—¿Qué fue lo malo qué hizo?
—Lo ignoro.
—¡Yo sí lo sé! —señaló al bebé que tenía Sam—. ¡Éste es el resultado de lo que usted hizo de malo! ¡Y la persona que pagó a los pistoleros fue ella!
—¿Ella?
—La mujer que escribió la carta.
—No es posible.
—¿Quién mandó los pistoleros?
—¿Cuántas veces quiere que le repita que no lo sé?
—Para mí, todo está claro, señor Clifford. Tan claro como el agua. Usted engañó a una mujer. Y ella le mandó al niño con la carta. Pero luego esa mujer se ha arrepentido. Ha echado de menos a su hijo. Y decidió contratar a dos pistoleros para darle a usted el premio que merecía.
Jim gritó:
—¡Sam, retira los cadáveres de la comisaría!
—¿Adónde vas, tú, Jim?
—¡A beber para olvidar!
Tras esas palabras, Jim se apresuró a salir a la calle.

CAPÍTULO V

El *sheriff* Clifford iba por el tercer *whisky*. Estaba en una mesa, a sola en el saloon. Había dicho que quería dar vueltas a la cabeza aquel lío del bebé y de Eleanor Brian y los dos pistoleros.

Tenía la mirada en la mesa y por eso no vio al rubio que, después de entrar en el saloon, se dirigió hacia él.

—*Sheriff*…

Jim alzó los ojos.

—¿Qué pasa, forastero?

—¿Le daría un premio a alguien que le salvase la vida?

—Depende de qué clase de premio.

—No nos andamos con rodeos. Me refiero al dinerito.

—¿Quién es usted?

—Soy Tony Marvin, el tipo que le va a salvar la vida. Mire bien a su héroe, *sheriff*. No se lo pierda. He sido bien hecho desde la cabeza hasta los pies. Puro trabajo de artesanía de mi padre y de mi madre. Hay girls que dicen que soy un encanto, otras dicen que soy un bombón.

El rubio frisaría los veinticinco años y era de mediana estatura, cara simpática, ojos verdes.

Alargó la mano con la palma hacia arriba y dijo:

—Escupa cinco pavos, jefe.

—Retira la mano o te la corto, rubio.

—Jefe, ¿qué está diciendo? ¿Usted dejarme manco a mí? ¿Y qué iba a ser de las girls sin tener la mano de Tony Marvin para acariciarlas? Aquí tiene cinco dedos que hacen maravillas. Pregunte en Abilene en Kansas City y en otros lugares qué es lo que hace Tony Marvin, con su manita derecha.

—¿Por qué me vas a salvar la vida?

—Usted suelte los cinco pavos y le leo las rayas de la mano.

—A mí, sólo me leen las rayas de la mano las gitanas de busto desarrollado.

Tony se tocó el pecho.

—Yo estoy muy bien. Pero soy un hombre.

—Ahueca, Tony.

—*Sheriff*, está a punto de ganársela. Se lo digo yo. Tony Marvin en persona.

Jim sacó los cinco dólares y los puso sobre la mesa. Tony fue a cogerlos, pero Jim le dio un manotazo.

—¡Quietas las pezuñas, rubio! Primero lo escupirás, y sabré si dices la verdad o me estás contando una historia.

—*Sheriff*, yo soy un tipo muy serio.

—Y me has tomado por un primo.

—*Sheriff*, no me diga eso. Me parte el corazón.

—Sí, ya veo que estás sangrando.

Tony sonrió.

—*Sheriff*, usted y yo nos entenderemos.

—Contigo no iría ni a la esquina más próxima. Pero dejemos eso. Al fin y al cabo, no vamos a formar sociedad.

—¿Quién sabe? Los designios del cielo son inescrutables.

—Pero tú sabes mucho.

—Con respecto a usted, sé algo que vale los cinco machacantes.

—Basta ya. ¿O quieres que toque el tambor antes de que lo escupas?

—Bien, *sheriff*. Ahí va. Lo van a cepillar.

—¿Quién me va a cepillar?

—Cuatro fulanos.

—¿Dónde estás los cuatro fulanos?

—Verá, *sheriff*, yo estaba en una posada del camino.

—¿Qué posada?

—La de Alfonso Martínez, a unas veinte millas de aquí.

—¿Qué pasó en la posada?

—Yo estaba ayudando a la doncella a arreglar mí habitación. Con estás manitas jefe. Con estás manitas ayudaba a la chica. Qué mujercita. Se llama Nora y es de Santa Clara. Con estas manitas estaba yo ayudándola, cuando oí una voz en la habitación vecina. Al principio no le di importancia, pero se me agudizó el oído

cuando escuché que uno decía: «El *sheriff* de Spring Valley ya está muerto».

—¿Quién dijo eso?

—No lo sé. Le pregunté a Nora, ya sabe, la chica de Santa Clara.

—Sí, a la ayudabas a arreglar la alcoba con las manitas.

—Usted tiene una gran memoria, jefe. Da gusto hablar con usted. Hay tipos por ahí que hay que andar repitiéndole las cosas.

—Basta, Tony. Al grano.

—Como decía, le pregunté a Nora quienes eran las personas que estaban en la otra habitación. Y me dio el nombre. Y me dejó helado.

—Hiéleme a mí también.

—Agárrese a la mesa, porque se puede caer.

—Déjate de pamplinas.

Tony se inclinó sobre el *sheriff* y miró a un lado y a otro, como si se quisiese cerciorar de que nadie le escuchaba. Luego, con voz confidencial, dijo:

—Spencer Hansen.

—¿El pistolero?

—No hay duda. Le dije a Nora que me lo describiese. Treinta y cinco años, de piel muy oscura, ojos claros…

—He oído hablar mucho de Spencer Hansen.

—Pues ya no va a oír hablar más de él. Presente la renuncia en su oficina y huya a uña de caballo. Cuando yo salí de la posada, ellos todavía continuaban allí.

—¿Quiénes acompañan a Spencer Hansen?

—Nora, ya sabe, la de Santa Clara, sólo me dijo que eran cuatro.

—¿Escuchaste algo más?

—Sólo una frase. Uno de los tipos le decía a Hansen: «Si Rex y Luke fallan, nosotros nos ocuparemos del *sheriff*». Eso fue todo.

Tony fue a coger los cinco dólares, pero Jim lo atrapó por la muñeca.

—Rubio, eres un cuentista.

—¿Qué dice, *sheriff*?

—Al llegar al pueblo te enteraste de que fui atacado en mi propia oficina, por dos pistoleros llamados Rex y Luke. Te has inventado todo lo demás.

—¡Le juro qué no!

—Tus juramentos no me sirven para nada. Serías capaz de jurar en falso por robarle un dólar a tu abuela.

—¿Quiere que le diga un secreto, jefe?

—Dilo.

—No sé quién fue mi abuela. Pero hay tipos que no saben quién es su madre ni su padre. Y eso es mucho peor.

—Me gustaría saber a qué te dedicas, Tony.

—¿Quiere saberlo?

—Eso dije.

—Pues aquí tiene a Tony Marvin, el gran hombre de negocios. Yo creo riqueza, señor Clifford. Algún día será reconocida mi generosidad para con el prójimo. Hago todo lo que puedo por los bichitos que hay a mi alrededor. Y entre esos bichitos quedan incluidos los hombres y las mujeres que formamos esta gran comunidad.

—Tienes mucha palabrería, Tony. Yo sólo quiero saber qué clase de negocios son los tuyos.

—¿Conoce el puente del río Concho?

—No me digas que lo hiciste tú.

—No, señor, no lo hice yo.

—Ya lo imaginaba.

—Pero yo hice esa obra de ingeniería. Y formé la sociedad que aportó los fondos para que el puente sobre el río Concho fuese una realidad.

—Tres años de cárcel.

—¿Qué?

—Digo que a todos los que intervinieron en aquel negocio los condenaron. Y, según mis archivos, al que menos le echaron tres años.

—Una injusticia, jefe. Una verdadera injusticia.

—Por cada dólar que se invirtió en el puente, la sociedad robó diez.

—Eso fue después de irme yo. Quiero decir que yo puse en marcha el negocio. Pero luego surgieron las envidias y yo les dije: «Sois unos desagradecidos, Tony Marvin no merece esto. Yo he hecho posible este maravilloso puente. Pero no estoy dispuesto a consentir el fraude». Y me largué.

—Con parte del dinero.

—¡Ni hablar, jefe! ¡Sólo me levé un poco para mis gastos!

—Apuesto que fueron unos gastos muy elevados.

—Los imprescindibles, jefe. Los imprescindibles. Tony Marvin es un hombre que se hace cargo de sus obligaciones. Sí, señor, donde hay un tipo responsable, aquí tiene a Tony Marvin para dar ejemplo.

—Tony, te voy a hacer una advertencia.

—¡Nada de peleas! Tony Marvin nunca pelea. ¡Nada de tiros! Tony Marvin nunca aprieta el gatillo, si no es en defensa propia.

—No me refería a eso, Tony. Si resulta que no oíste nada en la posada que todo fue un cuento tuyo, te haré escupir los cinco dólares y luego te daré un regalo extra. ¡Una estancia en la celda!

—Clifford, usted me decepciona. Es un incrédulo. Y no puede ir por el mundo sin fe.

—Perdí hace mucho tiempo la fe en determinadas personas. Ya puedes coger los cinco dólares. Pero recuérdalo. Si no tienes dinero tuyo para gastar, te pueden costar caros estos cinco machacantes.

Tony cogió el dinero y sonrió.

—Ya puede huir, *sheriff*.

—Yo no huyo.

—¿Se va a quedar a hacer frente a Spencer Hansen y a los tres hombres que estaban con él?

—Sí.

—*Sheriff*, lo acabo de conocer, pero me resulta simpático. Eche a correr.

—No, Tony, no voy a echar a correr, y repito que, si lo tuyo es un engaño estás a tiempo de dejar los cinco dólares sobre la mesa.

—¿Engaño? ¡Yo no he engañado a nadie en mi vida! ¡Le dije la verdad! Si se queda, sabrá muy pronto que debe depositar su fe en Tony Marvin.

—Ya veremos.

—Suerte, *sheriff*. Y ahora con su permiso me voy a retirar a descansar un rato.

Tony Marvin se apartó de la mesa y, poco después, ya había ligado con Sara, la pelirroja con más busto del saloon.

Clifford dejó de beber. Ya no quería más *whisky*. Tendría que estar muy alerta, si Tony Marvin le había traído un informe de a cinco dólares.

Capítulo VI

Jim Clifford entró en la comisaría. Cogió las llaves y abrió la celda.

Eleanor estaba tendida en el camastro.

—Salga, Eleanor.

—¿Por qué?

—Usted y el niño quedan en libertad.

—¿Acaso el niño estaba preso?

—No, pero estaba con usted ahí dentro. No empiece a liarme.

—¿Por qué quiere desprenderse de nosotros?

—Me han dado un informe y, si es cierto, éste es el lugar más peligroso para usted y el bebé.

—¿Y adónde, quiere que vayamos?

—Al hotel.

—No tengo dinero.

—¿Ni un centavo?

—Ni un centavo.

—Me alegra que diga eso.

—¿Le alegra, señor Clifford? Pues a mí no me alegra estar en un lugar desconocido y sin un centavo.

—Ahora que recuerdo, no sé dónde viene.

—Soy Eleanor Brian y vengo de Rostrogordo.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—No, chica, no lo es. Tiene que darme más información con respecto a usted. ¿Quién es su padre?

—No lo sé.

—¿Qué hacía en Rostrogordo?

—No es asunto suyo.

—Señorita Brian, ya me ha complicado mucho la vida. No me la

complique más. Quiero ayudarla, y para ello tengo que saber algo más de usted.

Eleanor cogió al niño en brazos y salió diciendo:

—Hasta la vista, *sheriff*. Me llevo a su hijo. Yo cuidaré de él, si no lo quiere.

Jim la atrapó de un brazo.

—Espere, señorita Brian. No puede irse así.

—¿Quiere darle un beso al niño?

—¡No era por darle un beso al bebé!

—¿Me quiere dar el beso a mí?

Jim se quedó mirando lo rojos labios de la joven. Sí, eran unos labios muy tentadores.

—*Sheriff*, no piense lo que está pensando. No tengo un centavo, pero soy una joven honesta.

—El algo más que honesta.

—¿Qué cosa?

—¡Es una terca! Tiene un secreto y no me lo quiere confiar. Suponiendo que viviese en Rostrogordo, tuvo que salir de allí por algún motivo.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Está aquí sin dinero. Y vino sola.

—Señor Clifton, deje de pensar en mí.

—Eso va a ser un poco difícil.

—¿Tanto le impresionado?

—No se dispare, señorita Brian. Es bonita y tiene buen tipo, pero ni me refería ahora a sus encantos, sino al lío que me armó desde que encontró al bebé.

—¿Lío? ¿Qué yo le arme un lío, *sheriff* granuja?

—¡No, no empecemos, por favor! ¡No empecemos!

Jim se dio mucha prisa en sacar un fajo de billetes y a ponerlo en la mano de Eleanor.

—¿Trata de silenciar su conciencia, señor Clifford?

—¡No trato de silenciar nada! ¡Usted no tiene dinero y se va a hacer cargo del niño! Vaya al hotel Carlson. La dueña es Rose Sommer. Dígale que va de mi parte. Le dará la mejor habitación. Y compre también lo que necesite el niño.

—El niño necesita pañales, polvo de talco y botes de leche.

—Cómprele todo eso. Si quiere más dinero, venga a por él.

—¡Ya empieza a sentir algo por el niño!

—Oiga, los niños me resultan simpáticos en general. Y éste no puede ser una excepción. Son los sentimientos que este bebé despierta en mí. Pero no trate de pensar que mi cariño es paternal. ¡Yo no soy su padre!

—No quiero seguir discutiendo con usted.

—Yo tampoco. Pasaré a verla por el hotel.

—De acuerdo.

Eleanor Brian salió de la oficina con el niño.

Jim se iba a sentar en la silla cuando la puerta se abrió de golpe. Sacó el revólver, pero no apretó el gatillo.

Era Sam, su ayudante.

—Oye, Sam, ¿por qué no llamas al entrar?

—Nunca llamo al entrar.

—¡A partir de ahora, lo harás!

—¿Qué te pasa, Jim? Estás nervioso. ¿Es por la señorita Brian? Acabo de verla con el niño. Me dijo que la dejaste en libertad. Eso estuvo bien.

—La puse en libertad porque Spencer Hansen puede llegar aquí de un momento a otro.

—¿Quién has dicho?

—Spencer Hansen.

—Eso te había oído. ¿Qué viene a hacer aquí Spencer Hansen?

—Según un forastero que se llama Tony Marvin, Spencer Hansen y otros tres vienen a matarme.

Sam se quedó con la boca abierta.

—¿Marte a ti?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡No lo sé!

—Yo, sí. Por algo malo que hiciste. Lo del bebé.

—Sam, ¿quieres que te arranque la estrella de cuajo?

—No hace falta que me la arranques —dijo Sam y él mismo de quitó la estrella—. Aquí la tienes.

—¿Renuncias?

—Prefiero defender al hijo de mi *sheriff* que a mi jefe.

—Ponte esa insignia. Nadie tiene que defender al bebé porque no está en peligro. Y si lo estuviese, yo daría la cara por él. Y no

empieces a sonreírme. No lo digo porque lo reconozca como hijo. No lo es. Pero no puedo consentir que nadie le haga daño a una criatura que sólo cuenta con unas semanas de vida. ¿Me hago entender?

—Sí, Jim —contestó Sam y se puso la estrella.

De pronto se oyó una cabalgada.

Sam corrió a la ventana y miró fuera.

—Je… je…

—¿Qué es lo que te produce risa, Sam?

—No, si no me quiero reír. Quise decir, jefe. ¡Ya están aquí!

—¿Quiénes?

—Son dos. Y qué tipos. Como los otros. Igualitos. Como si los hubieses sacado del mismo molde. La pistolera baja, barbudos, el traje lleno de polvo. Siguen acercándose. Vienen hacia la comisaría. Se van a detener. Saltan de la silla. Están apersogando las bridas en el poste.

—¡Quieres callarte, ya!

—¡Suben al porche!

—He dicho que te calles, Sam.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Jim acudió a abrir.

En el hueco vio a dos hombres un poco más bajos que él.

—Buenas, señores.

—¿Es el *sheriff*?

—Sí. Mi nombre es Jim Clifford. Pueden pasar si gustan.

El que había hablado frisaba los cuarenta años y llevaba las manos cubiertas con guantes de cuero.

Los dos hombres entraron y Jim cerró la puerta.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Yo soy Rock Martin y éste es Richard Forrest.

Jim ya había observado las pistoleras. Las tenían muy bajas, aseguradas al muslo con tiras de cuero.

—¿Dónde está Spencer Hansen? —preguntó.

—¿Quién?

—Su jefe, Spencer Hansen.

—Disculpe, *sheriff*, pero hace tiempo que no vemos a Spencer Hansen.

Jim se dijo que, puesto que aquellos hombres obraban de

distinta forma que los anteriores pistoleros, podría darles cuerda para saber por qué querían matarle.

—Sam.

—A la orden, jefe.

—¿Quieres prepararnos un poco de café?

El llamado Rock Martin negó con la cabeza.

—No queremos café.

—No puedo ofreceros otra cosa.

—Jefe, hay *whisky* —sugirió Sam.

—No hay *whisky*.

—Puedo ir a almacén a por una botella.

—No, Sam. Además, creo que los señores tampoco querrán tomar *whisky*.

—Tiene, razón, *sheriff* —contestó Rock Martin— tampoco queremos.

—Y le adivino por qué. Están en acto de servicio.

—Justamente eso.

Jim se echó a reír.

—A cualquier cosa llaman hoy acto de servicio.

Sus dos visitantes estaban muy serios.

Rock Martin se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—*Sheriff*, usted está aquí para hacer cumplir la ley.

—Ése es mi deber.

—Queremos que la haga cumplir. De esa forma, usted y nosotros nos llevaremos bien.

Jim sonrió. Aquellos pistoleros de Spencer Hansen era tipos de más categoría que lo que les habían precedido. Sabían darle emoción a su trabajo.

—Hablen de una vez, amigos. Sean claros si quieren que nos entendamos.

—*Sheriff* —contestó Rock Martin— somos agentes de la justicia y hemos venido a Spring Valley para detener a Eleanor Brian.

CAPÍTULO VII

—El *sheriff* Clifford no estaba preparado para oír aquello.

Y tampoco lo estaba su ayudante, que se había quedado como un poste.

—Jefe, ¿ha oído eso?

—Lo he oído, Sam.

Rock Martin prosiguió:

—Sabemos que Eleanor Brian está aquí. Usted la tuvo detenida.

—¿Quién se lo dijo?

—Un ciudadano que nos encontramos en las afueras del pueblo. Pero ya no está en su celda, según observamos al entrar.

—No. La dejé libertad.

—¿Y dónde está?

—Quiero que antes me conteste a unas preguntas, Martin.

—No hay tiempo para eso. Eleanor Brian podría escapar del pueblo.

—Ustedes contestarán a mis preguntas antes de hacer nada en Spring Valley.

—No nos desafíe *sheriff*. Ya le he dicho que somos agentes de la justicia.

—Pruébelo.

—¿No se fía de nosotros?

—No.

Rock cambió una mirada con su compañero Richard Forrest. Los dos sonrieron. Richard, que hasta entonces no había dicho nada, rompió su mutismo.

—*Sheriff*, no está bien que desconfíe de dos colegas.

—Ustedes no son mis colegas.

Rock Martin metió la mano en el bolsillo y sacó un papel que

alargó a Jim.

Su compañero Richard Forrest, exhibió dos estrellas mientras decía:

—No llevamos la insignia puesta para que no desconfíen de nosotros. Hay gente a la que no le gusta colaborar con la autoridad. Conseguimos mucho más haciéndonos pasar por ciudadanos corrientes.

Jim leyó lo que decía el papel. El marshall de Rostrogordo, Max Kennedy, nombraba a Rock Martin y a Richard Forrest agentes de la justicia para capturar a Eleanor Brian.

Jim conocía al marshall de Rostrogordo. Había hablado con él un par de ocasiones y no le gustaba nada. Sabía que era un antiguo pistolero.

Devolvió el documento a Martin.

—¿En regla?

—Sí.

—¿Nos dice ahora dónde está Eleanor Brian?

—No.

Martin h Forrest atirantaron los músculos de la cara.

—¿Qué necesita para ayudarnos, *sheriff*? —rezongó Martin—. ¿La firma del presidente de Estados Unidos?

—Espera, Rock —dijo Forrest— quizá está pasando aquí algo.

—¿Qué cosa?

—Estoy pensando en que quizá la nena le hizo un favor al *sheriff*. Ya sabes, él la tuvo detenida.

—¿Un romance, Richard?

—Un romance con cascabeleo.

—Forrest —dijo Jim con voz ronca— si dice otra frase cono ésa, le rompo la cara.

Una venilla se hinchó en la sien de Richard.

—¿Usted, *sheriff*? ¿Usted me rompería a mí la cara?

—Atrévase a decir otra frase ofensiva contra mí, y lo sabrá.

Rock intervino:

—Un momento, Richard. No hemos venido aquí a pelear con el *sheriff*. No, señor. Nosotros somos como él, representantes de la ley y nos debemos de ayudar. Pertenecemos a la misma camada.

—Se equivoca, Rock —repuso Clifford—. Usted sólo representa la ley de una manera circunstancial. Fueron nombrados agentes de

la justicia sólo para detener a Eleanor Brian.

—Correcto, *sheriff*. Y cuando hayamos capturado a la nena y la entreguemos en Rostrogordo, volveremos a ser ciudadanos corrientes.

—¿Y a qué se dedican cuando son ciudadanos corrientes?

—Hacemos trabajos varios.

Jim se imaginó qué clase de trabajos se referían. Naturalmente, eran dos pistoleros, aunque no fuesen los que él esperaba.

Los observó atentamente y dijo:

—No harán nada en este pueblo, muchachos.

Forrest movió la mano hacia la funda.

Y Jim también la movió.

Rock intervino y sujetó el brazo de su compañero.

—No. Richard.

—Me está cansando este *sheriff*.

—Tienes poca paciencia.

—¿Hasta cuándo lo vamos a consentir?

—Calma, Richard, calma.

—¡Maldita sea! ¿Es que se te ha enfriado la sangre durante el camino?

—Todo lo contrario. Me hierve porque tuvimos que soportar un sol del infierno. Pero estoy seguro de que el *sheriff* se convencerá de que debe colaborar con nosotros.

—¿Qué fue lo que hizo Eleanor Brian en Rostrogordo?

—Asesinar, *sheriff*. Asesinar. Eso fue lo que hizo.

—No lo creo.

—¿Ah?, ¿no? ¿Qué diría si una mujer entrase aquí y se pusiese a hablar con usted y, de pronto le clavase un cuchillo en la barriga, junto al ombligo?

—¿Eso hizo Eleanor?

—Sí.

—¿A quién mató?

—¿Importa eso?

—Importa.

Forrest intervino de nuevo:

—Rock, ¿por qué infiernos te estás humillando? ¿Por qué no sacamos los dos al mismo tiempo y nos cargamos a este tipo?

—Te dije que tuvieses calma, Forrest. ¿Es que no le ves? Después

de todo, el *sheriff* tiene razón. Tenemos que dar explicaciones. Jim Clifford es un buen *sheriff*, y los buenos representantes de la ley quieren enterarse de las cosas.

—Pero este fulano, pregunta, pregunta y pregunta. Y a mí me pone nervioso.

—Ya lo sé, Forrest. Siempre te han excitado los preguntones, pero ahora debes hacerte cargo de la situación. Es lógico que el *sheriff* quiera saber más de la nena.

—¿Y si no está tomando el pelo?

Martin dijo:

—*Sheriff*, usted no nos estará tomando el pelo, ¿verdad?

—No.

—¿Lo ves, Forrest? No, nos está tomando el pelo.

Jim dio un suspiro.

—¿Me va a decir de una vez a quién mató Eleanor en Rostrogordo?

—A Henrry Robbins.

Jim entornó los ojos. También había conocido a Henrry Robbins, un ranchero de Rostrogordo. Un canalla de Rostrogordo. Un salvaje de Rostrogordo.

Henry Robbins había guerreado como en los tiempos feudales en Europa, para conseguir uno de los mayores ranchos de Texas. Tenía enormes rebaños de cornilargos. No consentía que nadie cruzase sus fronteras. Aquel que por descuido lo hacía, corría el peligro de morir ahorcado. El marshall Max Kennedy había consentido aquel estado de cosas. Él, Clifford, como *sheriff* se Spring Valley, había tratado de conseguir un permiso especial para ir a Rostrogordo, pero este pueblo pertenecía a otro condado, al de los Álamos, y nunca se lo concedieron. En una ocasión, Jim tuvo que ir en busca de un ladrón, de un hombre que había limpiado cien dólares a Karl Kenyon, el dueño del saloon. El ladrón se llamaba Peter Lewis y había trabajado como camarero en el negocio de Kenyon. El fugitivo eligió mal camino para huir. El de Rostrogordo. Jim fue detrás. Tenía prisa por atraparlo porque sabía que, si Peter se metía en el rancho de Henry Robbins, estaba muerto.

Y llegó tarde. Cuando encontró a Peter Lewis estaba colgado de una rama de una encina. Un grupo de vaqueros se encontraba cerca. Ellos le habían ahorcado. Habían encontrado a Peter después de

matar a una res. Pero la mató para comer.

Jim recordó aquel momento, cuando se llenó de ira.

Pero no podía sacar el revólver y liarse a tiros contra doce hombres. Sólo habría servido para que a él también lo enterrasen allí, con Peter. Recogió el cadáver de Peter y lo llevó a Spring Valley. Luego denunció el caso al marshall de Rostrogordo. Y la única respuesta que recibió se su colega fue está: «Los empleados del señor Robbins obraron de acuerdo con la Ley».

Y el dueño de aquel imperio, Henry Robbins, había sido muerto por Eleanor Brian.

Era increíble que le pudiese ocurrir tantas cosas en tampoco tiempo. Él estaba siendo amenazado por Spencer Hansen, sin saber por qué. Una mujer le había enviado una carta en que le anunciaba que era el padre de la criatura. Y aquellos hombres, agentes de la justicia del marshall de Rostrogordo, unos vulgares forajidos al servicio de Henry Robbins, querían detener a Eleanor Brian.

Eso le hizo recordar que Henry Robbins tenía una heredera. No la había visto nunca. Aunque conocía su nombre. Janet Robbins.

Todo aquello lo estaba pensando en muy pocos segundos porque las escenas cruzaron por su mente con mucha rapidez.

—Bien, *sheriff* —dijo Martin— ¿dónde está la asesina?

—¿Por qué mató Eleanor Brian a Henry Robbins?

—Porque le dio la gana a ella.

—No creo que sea un motivo.

—Le debe bastar.

—No, Martin, no me gusta.

Forrest soltó una risita.

—¿Qué dices ahora, Rock? ¿También le vas a soportar tú esto al *sheriff*?

—Estamos muy cansados, Richard. ¿De acuerdo?

—Sí, estamos muy cansados.

—Vamos a darle un par de horas al *sheriff* para que lo piense. Mientras tanto, tú y yo comeremos y beberemos un trago. Y hasta podemos divertirnos con un par de chicas en el saloon. ¿Qué te parece eso, Forrest?

—Sí, creo que es una buena idea.

Rock sonrió a Clifford.

—Ya lo ha oído, *sheriff*. Richard y yo estaremos en el saloon.

Tiene dos horas para decirnos dónde está Eleanor Brian. Nos gustaría arreglar por las buenas este asunto. Palabra, *sheriff*. Usted nos considera como dos agentes de la justicia, que es lo que somos y todo irá como la seda. Pero si no colabora, me temo que usted y nosotros tendremos que pelear.

—¿Ya terminó, Rock?

—Sí.

—Escúcheme a mí ahora. Yo también les voy a conceder un par de horas. Me hago cargo de que están cansados.

—¿Un par de horas para qué?

—Para que se marchen.

—¿Sin Eleanor Brian?

—No se llevarán a esa chica. Ni dentro de dos horas, ni dentro de diez años.

Forrest rompió a reír mientras sacudía la cabeza.

—¡Lo acerté, Rock! ¡Lo acerté! ¡Hubo entre ellos un romance con cascabeleo!

Jim le soltó un puñetazo en la cara.

Forrest se desplomó en el suelo mientras pegaba un chillido.

Rock Martin movió la mano hacia la funda.

Jim apoyó la mano en la culata del revólver.

Rock al darse cuenta de que el *sheriff*, le había cobrado ventaja se estuvo quieto.

Forrest gritó desde el suelo:

—¡Mátalo, Rock! ¡Mátalo!

Sin embargo, Rock apartó la diestra del cuerpo.

—Me gustaría que lo intentase, Rock —dijo Clifford.

—No soy un suicida.

—¡Fuera los dos!

Forrest se levantó. Un hilillo de sangre le corría por la comisura de la boca. Sus ojos parecían los de un loco. Sus manos temblaban.

—Forrest —dijo Rock— vamos al saloon a comer y a descansar.

Salió el primero y Forrest le siguió.

—¡Sam! —dijo Jim.

El ayudante seguía tan inmóvil como una estaca.

—Jefe, estoy que me caigo.

—Pues no te caigas porque te necesito en pie. Voy en busca de Eleanor Brian. Tengo que saber por qué mató a Henry Robbins.

Quédate aquí y no te muevas. Si llegan los pistoleros de Spencer Hansen, no le hagas frente. Es un asunto mío. Absolutamente personal.

CAPÍTULO VIII

Jim Clifford, observó, el saloon Kenyon. Allí, tenían que estar los dos agentes de la justicia.

Entró en el hotel Carlson. La dueña era una rubia de grandes curvas.

—*Sheriff*, eres muy caro de ver.

—Ya me tienes aquí Rose.

—Me refería a que hace tiempo que no cenamos juntos.

—Lo tendré en cuenta para un día de éstos. ¿En qué habitación se aloja Eleanor Brian?

—Le di la 12 ¿Qué interés tienes en esa chica, Jim?

—¿Desde cuándo un *sheriff* tiene que contestar a las preguntas de sus ciudadanos?

Rose rió.

—Desde que le salió un hijo.

Jim subió la escalera y llamó en la puerta número 12.

—¿Quién es? —oyó preguntar a Eleanor.

—El *sheriff*.

—Espere, está echada la llave.

Jim esperó un minuto. Por fin, Eleanor abrió y Jim entró.

La joven le puso un dedo en los labios.

—El niño duerme.

—¿Por qué no me dijo lo que le pasó en Rostrogordo?

—No me pasó nada anormal.

—¿Es que mata a un hombre todos los días?

La joven empezó a sonrojarse.

—¿Qué sabe usted?

—Casi todo. Llegaron dos agentes de la justicia, y quieren atraparla por haber matado a Henry Robbins.

—¡Dios mío, tengo que huir de aquí!

—No, usted no irá a ninguna parte.

—No se preocupe. También me llevaré al niño.

—¿Por qué se quiere llevar al niño?

—Le tomado cariño, y así le quito un problema de encima.

—Yo también le tomado cariño, aunque no es mi hijo. Pero dejemos lo del bebé y hablemos de su caso. ¿Por qué mató a Henry Robbins?

—Ese ranchero quiso propasarse conmigo.

—Cuéntemelo todo.

—¿No cree que estamos perdiendo un tiempo precioso? ¿Dónde están esos agentes de la justicia?

—En el saloon.

—Estupendo, saldré por la puerta trasera y huiré en mi carro.

—¿Y hasta dónde cree que llegaría?

—No me harán nada.

—No, Eleanor. No puedo dejar que se marche.

—Entiendo, me va a entregar a esos hombres. Después de todo, usted es un *sheriff* y ellos son agentes de la justicia.

—Les he dicho a ellos que no la voy a entregar ni ahora ni en diez años.

—¿Se ha atrevido a decirles eso?

—Ajá.

—¿Por qué se arriesga por mí?

—No creo que sea usted una asesina.

—Maté a Henry Robbins.

—Pero usted acaba de decir que él trató de propasarse con usted. ¿O quiere cambiar esa parte?

—No, no quiero cambiarla porque es la verdad.

—Deme detalles. Quiero ayudarle. Pero debo saberlo todo para echarle una mano.

La joven dio un suspiro.

—No tengo padres. Me quedé huérfana cuando yo tenía ocho años. Me crié con una tía que tenía un poco de dinero. Hace un año ella murió.

—¿Dónde vivía?

—En Unionville. Traté de trabajar por mi cuenta, pero me resultó difícil. Las mujeres todavía no pueden trabajar. Algún día

harán como los hombres. Pero hoy es inútil luchar contra el muro de la incomprensión. Yo tengo un primo en Oregón. Tiene un aserradero. Le escribí diciendo si podía ir con él. Y me contestó que sí. Vendí la casa de mi tía y con ese dinero me puse en camino. Todo fue bien, aunque tuve que librarme de algunos hombres que quisieron ayudarme para sacar provecho. Y tuvo que ser en ese pueblo, en Rostrogordo donde me encontrase con lo peor.

—¿Cómo conoció a Henry Robbinson?

—Estaba un poco cansada del viaje y, decidí pasar la noche en Rostrogordo. Yo estaba en el restaurante. Casualmente, Robbins también se encontraba allí. Se presentó a mi mesa. Debo decir que yo le llamé la atención. Era un hombre de unos cincuenta años. Me resultó desagradable desde el principio y yo, con buenas maneras, traté de alejarlo. Pero se pusieron difíciles las cosas. Henry Robbins era todo un personaje en Rostrogordo. Me pagó la cena, aunque quise impedirlo, pero el camarero no aceptó mi dinero. Por fin me despedí del señor Robbins y me metí en mi habitación. Tenía el presentimiento de que algo malo me iba a ocurrir. Me había puesto el camisón, pero no quise acostarme. Me encontraba muy nerviosa y de pronto se abrió la puerta y allí estaba Henry Robbins.

La joven se mordió el puño mientras miraba a la ventana.

—Continúe, Eleanor.

—¿Se lo imagina? Trató de conseguirme por la fuerza. Yo sólo llevaba un puñal. Lo había comprado para defenderme. Le tengo miedo a las pistolas. Había dejado el puñal en la mesilla de noche. Y justamente allí me acorraló Henry Robbins. Era muy persuasivo. Me dijo que me iba a dar mucho dinero y que podía pasar unas semanas con él y luego ir a Oregón convertida en una señora con mucho equipaje. Su oferta era repugnante. Se lo dije. Él entonces se abalanzó sobre mí. No pudo darme el primer beso. Le clavé el puñal en el estómago. Fue horroroso, se apartó de mí con los ojos desorbitados. No pudo decir nada. Yo me vestí rápidamente y salí de la habitación. Compré, un carruaje con el dinero que me quedaba y eché a correr. Tomé esta dirección y así llegué hasta su ciudad, *sheriff*.

Clifford no dijo nada.

—Ya lo sabe, *sheriff*. Ésa es mi historia.

—Ha matado al personaje más importante de la comarca.

—Yo no sabía que existiese Robbins y no le elegí. Fue Robbins quién me eligió a mí para hacer una cosa sucia.

—La creo, Eleanor.

—Gracias.

Jim se frotó el cogote. Las complicaciones se sumaban. ¿Hasta dónde iba a llegar?

—¿Qué va a hacer, señor Clifford?

—No lo sé.

—¿Lo ve? Es mejor que huya.

—No, Eleanor.

—Usted no puede comprometerse, *sheriff*.

—Ya estoy comprometido.

—Pero se puede salir del asunto. Deje que me vaya y todo se normalizará para usted.

—Yo no podría normalizar si usted huyese. El niño la necesita. Y yo no puedo consentir que un bebé de tan poco tiempo vaya corriendo en un carro que no tiene ningún destino.

—Pero si no tiene una solución…

—Trataré de dar con ella. Usted se quedará aquí. Siga echando la llavee. No le abra a nadie. Absolutamente a nadie. ¿Me oye? A partir de ahora, sólo me abrirá a mí.

—De acuerdo.

—Hasta luego. Volveré en cuanto pueda.

—¿Qué pasará con esos dos hombres?

Jim consultó su reloj.

—Dentro de una hora y media lo sabremos.

—¿Se va a batir con ellos por mí?

—Si ellos lo quieren, no tendré ningún inconveniente.

—*Sheriff*, le pueden matar.

—Sé defenderme.

—Ya sé que lo hizo muy bien en la comisaría con aquellos otros pistoleros. Pero usted no puede ganar todos los duelos.

—Hasta ahora los gané.

—No me gustaría que se jugase la piel por mí.

—Deje que sea yo quien decida eso, Eleanor.

Jim fue a salir.

—Espere, señor Clifford.

Jim esperó y Eleanor se acercó a él, se puso de puntillas y lo

besó en la comisura de la boca.

Jim miró el bello rostro.

—¿Por qué ha hecho esto, Eleanor?

—Quería darle las gracias.

—No me gusta que me agradezcan los favores con besos.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustan los besos de gratitud. Cuando yo beso a una mujer o ella me besa a mí, quiero que haya pasión. ¿Lo va entendiendo?

La apretó contra él y la besó fuertemente en la boca.

La joven soltó sólo gruñiditos, pero él no la soltó hasta que hubo pasado casi medio minuto. Al quedar libre, ella se tambaleó.

—¿Llama a eso pasión?

—Sí.

—¡Eso es salvajismo!

—Quizá.

—¿Y por qué lo hizo, *sheriff*?

—Porque usted es una mujer y yo un hombre.

—¿Así de sencillo?

—Sí, señorita Brian. Cuando yo siento un impulso no puedo frenarlo.

—¿Sintió el impulso de besarme?

—Sí.

—¡De una forma primitiva!

—Señorita Brian, la próxima vez tomaré lecciones para besar a damas remilgosas.

—No soy una dama remilgosa.

—Entonces, ¿puedo darle otro beso?

—¡No!

—Ya lo suponía. Hasta luego.

Jim salió de la habitación.

Rose le sonrió desde el registro.

—*Sheriff*, tiene una cara extraña.

—¿A que llamas una cara extraña?

—A la que siempre pones cuando me besas.

—Rose, lo malo que tú tienes es que hablas demasiado.

Rose se echó a reír.

—Ven a cenar cuando puedas. Te echo de menos.

—Lo pensaré.

Jim abandonó el hotel. Se detuvo un instante en la acera y observó el saloon.

No, no vio a Forrest ni a Rock Martin. Estaba seguro de que aquellos hombres se consideraban tan convencidos del éxito de su empresa que no vigilaban. Por tanto, no podrían saber que Eleanor se encontraba en el hotel. Cruzó la calle y se fue a la comisaría.

Al abrir la puerta vio a Sam Elliot en el suelo, de bruces.

Corrió hacía él y le dio la vuelta.

Sam tenía la cara estropeada porque le habían pegado muchos puñetazos.

—Sam, ¿quién te pegó?

—Nosotros.

La voz había llegado desde la celda que estaba abierta. Eran tres hombres.

Jim dejó al desvanecido Sam en el suelo. No ninguno de ellos era Spencer Hansen. Pero Tony Marvin le había hablado de tres hombres que estaban en la posada de Alfonso González con Spencer Hansen.

—¿Por qué le pegaron a mi ayudante?

—No nos quiso decir dónde estaba usted.

—¿Y para qué me necesitan?

—Para matarlo de parte de Spencer Hansen.

CAPÍTULO IX

Ya estaban allí.

Y eran tres.

Tres asesinos. Los tres pistoleros de Spencer Hansen.

Ésta podía ser la última complicación, Clifford se había tenido que enfrentar muchas veces con pistoleros, pero tuvo la sensación de que aquellos que tenía delante eran de clase especial.

Y los tres estaban serios, como momias.

—Oigan —rompió el silencio Clifford— como broma estuvo muy fea. Le han pegado a mi ayudante por nada. Vinieron aquí por nada. Me estuvieron esperando por nada. Sé quién es Spencer Hansen. Pero nunca hablé con él. ¿Qué infiernos de farsa es ésta?

El pistolero que había hablado era muy delgado, de mejillas chupadas y sienes hundidas.

—Soy Lee Wallace. Mis compañeros son Barry Wyler y Sean White —primero señaló al de la derecha y luego al de la izquierda.

—No puedo decir que tengo mucho en conocerles —contestó Jim.

—Me hago cargo, *sheriff*. A nadie le gusta ser presentado a su pelotón de ejecución.

—Tranquilo, Wallace. Nadie va a morir aquí.

—¿Se ha puesto un chaleco contra las balas?

—No.

—¿Cree que va a saltar de cabeza por la ventana? No le daremos tiempo.

—Me refiero a que no tengo por qué mantener un duelo con ustedes. Deben haberse equivocado. No es posible que Spencer Hansen me haya elegido como víctima.

Ganaba tiempo. Ése era su problema. Ganar tiempo en favor de

sí mismo y en favor de Eleanor Brian, para que los agentes de la justicia no pudiesen atraparla.

—*Sheriff* —dijo Lee Wallace— tendrá que sacar el revólver. Sáquelo, por favor, o de lo contrario cometeremos un asesinato.

—Una pregunta, Wallace.

—¿Por qué tantas preguntas si se va a ir al infierno? Allí no dan respuestas.

—Sólo quiero saber por qué Spencer Hansen quiere matarme.

—Secreto profesional.

Era la contestación que ya conocía.

Inspiró profundamente.

—¿Dónde se quedó Spencer Hansen?

—No está aquí.

—Quiero hablar con él.

—No puede.

—Eso resolvería mis dudas. Bastaría que yo hablase con Hansen para saber si él está en lo cierto o se equivoca.

—No es cuenta nuestra.

—Llegaré a un acuerdo con ustedes. Les acompañaré adonde está Spencer Hansen.

—No, *sheriff*, no viajará en compañía. El viaje lo hace usted solo, y ya sabe adónde se va. Al infierno. Pero consuélese. Allí no se encontrará solo. Hay mucha gente.

—No me gustan los lugares con demasiada gente.

—Tendrá mujeres hermosas a puñados.

—Las dejo para ustedes.

—No, *sheriff*. Nosotros preferimos las de la tierra.

Lee Wallace tiró del revólver y sus hombres le imitaron.

Jim Clifford fue una centella. Su mano se convirtió en una mancha borrosa, y de aquella misma mano empezaron a brotar llamaradas.

Los pistoleros habían cometido un error al meterse en la celda.

Jim conocía perfectamente los barrotes y mandó por entre ellos las balas.

Pero los pistoleros sólo tuvieron oportunidad para mandar muy pocas balas, exactamente dos. Uno de esos proyectiles chocó contra uno de los barrotes. Y el otro lo rozó y salió desviado.

Luego fueron cayendo porque Jim les estaba alcanzando en

órganos vitales. A Lee Wallace en la cabeza, a Barry Wyler en el corazón, y al tercer hombre, a Sean White, en la entrepierna.

El estruendo fue espantoso.

La oficina volvió a quedar sumergida en el silencio.

Sam se despertó con el tiroteo y gritó:

—¡Me rindo! ¡No disparen!

Vio a su lado a Jim y dijo:

—He soñado algo.

—¿Qué cosa?

—Que los tres pistoleros que me pegaron se liaron a tiros aquí contigo.

—El sueño fue realidad.

¿Qué?

—Mira la celda.

Sam miró la celda y, al ver los tres cadáveres, pegó un chillido y se desmayó de nuevo.

Golpearon la puerta.

—Adelante —dijo Jim.

Era el rubio Tony Marvin. Se quedó asombrado al ver al *sheriff* de pie y a los tres muertos en la celda, en medio de un charco. De sangre.

—*Sheriff*, ¿con qué lo hizo? ¿Con una pata de conejo?

—Con el revólver, hijo.

—Ya sé. En una mano tenía el revólver y en la otra el amuleto.

—No, Tony.

—Que me maten si lo comprendo, jefe. Usted debe ser Manitas de Plata.

—Sólo un *sheriff* que hace ejercicios de tiro todos los días.

—¿Y cuántos se carga cada día?

—Uso latas.

—Pues cualquiera diría que agujerea carne humana para estar bien entrenado.

—Ya sólo queda Spencer Hansen.

—¿Por qué le tiene tanta rabia ese tipo?

—No lo sé.

—¿Todavía no ha podido recordar?

—No, Tony, He tratado de encontrar algún punto de contacto entre Spencer Hansen y yo. Pero no lo he conseguido.

—¿Está seguro?

—Seguro, Tony.

—Debe existir alguna cosa, algún hecho que usted ha olvidado.

—No pienso seguir recordando. Imagino que ahora Spencer Hansen tendrá que dar la cara.

—Sería preferible que eso no llegase a ocurrir, Clifford. Spencer Hansen es demasiado bueno, incluso para usted.

—Es lo que no me explico, Tony. Si Spencer es tan bueno y tiene un asunto que ventilar conmigo, ¿por qué no vino él personalmente?

—A él le sobran agallas.

—Aquí le faltaron.

—Debe haber alguna razón.

—Siempre vamos a parar a lo mismo.

—*Sheriff*, yo no venía a ver esta masacre, sino a que me ayudase.

—¿Ayudarte? ¿A qué?

—Me quedé sin plata.

—¡Te di cinco pavos!

—Sus cinco pavos se fueron al horno. Uno de ellos desapareció en un escote. Y qué escote, *sheriff*. Muy mono, monísimo. Y otro fue a parar a una liga. Y en qué pierna estaba la liga. El tercero se fue a unas enaguas…

—No sigas, Tony. Lo pasaste bomba con las girls.

—Es que a uno le han hecho muy guapo. Las girls se vuelven locas conmigo.

—Mientras te sacan la pasta.

—Ellas no me sacan la pasta. Me gusta ser generoso con ellas. Son muy lindas. En resumen, *sheriff*, que vine para que me hiciese el favor. Ya somos amigos, me dijo: «Tony, llégate a la comisaría y el *sheriff* te prestará otros cinco dólares para que puedas comer».

—No hay préstamo.

—*Sheriff*, usted no me hará a mí eso.

—Te lo hago.

—Pero, hombre, yo le libré a usted de morir.

—No me libraste de nada. No maté a nadie a traición. Los pistoleros se Spencer Hansen vinieron aquí y se enfrentaron conmigo cara a cara.

—Pero no me negará que usted les estaba esperando gracias a

mí. Quiero decir que no le pilló de sorpresa.

—Eso es cierto.

—Entonces, demuestre su agradecimiento a este seguro servidor que estrecha su mano.

—Tony. ¿Por qué no trabajas?

—¿Trabajar? *Sheriff*, ¿es que no quiere ser mi amigo mío? Yo no hico el lomo desde hace unos años. Me dedico a las ideas. Recuerde lo del puente sobre el río Concho. Y ustedes y sus ciudadanos deben estarme agradecidos por haberme dejado caer por Spring Valley. Tengo una brillante idea para esta comunidad se convierta en un hermoso jardín.

—Guárdate la idea, Tony.

—¿Es que no quiere oírla?

—No.

—*Sheriff*, sólo se trata de cambiar el curso del río y acercarlo a la ciudad.

—Los ganaderos no consentirían eso.

—Ellos no iban a perder las aguas. Sólo se trata de crear unos jardines. ¿Ha oído hablar de Babilonia? Fue una ciudad muy antigua. Allí en Babilonia, hubo un imperio muchos años antes de Jesucristo. Tenían hermosos jardines. ¿Y cómo lo consiguieron? Sencillamente cambiando el curso del río. No habrían podido regar aquellos jardines si no hubiesen tenido el agua cerca.

—No te canses, Tony. No quiero los jardines de Babilonia en Spring Valley.

—Tony se rascó el cogote.

—Creí que era usted más comprensivo, Clifford.

—Ya te dije que soy comprensivo, pero no un primo.

—Está bien. Deme trabajo. Pero no me entregue un pico y una pala.

—No puedo darte nada. Lárgate.

—Este ayudante suyo está demasiado gastado y le hincharon la cara.

—Ya mejorará.

—Para cuando mejore, usted se puede haber ido al otro mundo. Lo está haciendo todo a dos manos. ¿Por qué no hacerlo cuatro?

—¿Por qué quieres ser mi ayudante, Tony?

—Por dinero.

—La paga no es mucha.

—Aceptaré ser su ayudante si me da diez dólares adelantados.

Jim sopesó la propuesta.

Todavía no había terminado de resolver el asunto de Spencer Hansen y ni siquiera había empezado a enfrentarse con el problema de Eleanor Brian. Suponiendo que Rock Martin y Richard Forrest se decidiesen a sacar el revólver, no serviría de nada que él ganase aquel duelo. La hija de Henry Robbins, Jane, mandaría a su gente a Spring Valley cuando supiese que la chica estaba allí. Y como regalo tenía al niño. Un bebé cuya paternidad pretendían achacarle.

—Tony, te voy a aceptar como ayudante.

—Gracias, *sheriff* —sonrió Tony.

—Pero tendrás que comportarte como un representante de le ley.

—No va a tener queja de mí.

—Eso espero.

Jim sacó una Biblia y la puso sobre la mesa.

—Apoya la mano en el libro, Tony.

El rubio obedeció.

—¿Juras defender la ley del condado de Spring Valley, aunque tengas que jugarte la vida?

—Lo juro.

—Yo te nombro ayudante del *sheriff* de este condado.

—Los diez dólares.

—Tienes mucha prisa.

—Quedé debiendo un par de pavos a una rubia que me hizo cosquillas.

—Tony, no quiero que te pases toda la vida en el saloon.

—Sólo iré a pagar mi deuda.

—En el saloon hay dos hombres. Se llaman Rock Martin y Richard Forrest. Llegaron hace una hora. Quiero que los vigiles. Que no les pierdas de vista. Que sepas dónde están en cada momento.

—No se preocupe. A mí no se me ha escapado nunca un hombre. Ni tampoco dos. Tendré vigilados a los tipos.

Jim le dio los diez dólares y la estrella.

Tony limpió la insignia, se la puso en la solapa y salió de la comisaría.

CAPÍTULO X

Habían pasado las dos horas establecidas para que Jim Clifford entregase a Eleanor Brian, o para que los dos pistoleros, Rock Martin y Richard Forrest, se largasen.

Jim no había vuelto a saber nada de Tony.

Sam estaba tendido en un camastro de la celda.

Los tres cadáveres de los asesinos mandados por Spencer Hansen habían sido retirados.

—No puedo esperar más, Sam —dijo Clifford—. Me voy al saloon.

Le había contado a Sam Elliot que tenía un nuevo ayudante, Tony Marvin.

—Ten cuidado, Jim. Este pueblo que ayer era el más pacífico de la comarca se ha convertido en un infierno.

Jim salió de la comisaría y se dirigió al saloon.

Entró en el local. No vio a los pistoleros. Podían estar en algún reservado con girls.

Se dirigió a una de ellas, a una rubia que atendía por el nombre de Sara:

—¿Están los reservados ocupados?

—Sí, uno de ellos. El número tres y abrió la puerta.

Tony Martin jugaba con cuatro muchachas.

El rubio interrumpió lo que iba a hacer. Besar a una de las girls.

—Hola, jefe, se admite colaboración.

Jim se sintió indignado.

—¿Qué fue lo que te ordené, Tony?

—Que viniese al saloon.

—¡Pero no que lo pasases en grande!

—Esto es sólo un rato de diversión. En seguida me pondré a

trabajar.

—Ya es demasiado tarde, Tony. Esos dos fulanos ya no están en el mostrador. ¡Te dije que no los perdieses de vista!

—Jefe, creí que se quedarían ahí.

Jim soltó un puñetazo.

Tony voló por el aire y se derrumbó.

Jim no esperó a ver el resultado de aquel golpe.

Salió del saloon y cruzó la calle, entrando en el hotel.

En el registro estaba Rose.

—*Sheriff*, ¿me tiene todo el día en el pensamiento?

—Rubia, esto es importante. Quiero respuestas rápidas. Han llegado aquí dos hombres. ¿No es cierto?

—Sí, hace unos instantes.

—Uno se llama Rock Martin y otro Richard Forrest.

—Eso dijeron y también me demostraron que son agentes de la justicia.

Ya había ocurrido.

—¿Dónde están?

—Venían a detener a un hombre. A un tal Roger Smith que estaba en la habitación número 7.

—¡No vienen a detener a Roger Smith! ¡Quieren llevarse a la joven que yo traje!

Jim subió los peldaños de dos en dos.

Sacó el revólver en el corredor y abrió la puerta número 12 sin llamar.

Oyó un lloriqueo.

El bebé estaba en la cama, pero no había rastro de Eleanor.

—¡Señorita Brian!

Nadie contestó.

Rose no los había visto salir, o de lo contrario se lo habría dicho. Habían utilizado la parte trasera.

Corrió de nuevo.

Jim llegó al patio en el momento en que Eleanor subía al caballo. A su lado estaba Rock Martin. Pero no vio a Richard Forrest.

—¡Alto! —dijo.

Forrest habló a su espalda:

—No se mueva, *sheriff*. Tengo un revólver que le está apuntando

a la espina dorsal. Tire el arma.

Jim arrojó el revólver al suelo.

Eleanor dijo:

—Lo siento, *sheriff*. Pero esto tenía que acabar así.

Jim miró el rostro sonriente de Rock Martin.

—No pueden secuestrarla.

—Tenemos autoridad para ello y nos la llevamos.

—Ella no tendrá un juicio justo en Rostrogordo.

—Nosotros no somos jueces. Sólo agentes de la justicia que cumplieron con su deber al atrapar a la fugitiva.

Forrest soltó una risita por detrás.

—No podemos dejar, así las cosas, Martin. Este *sheriff* está loco por la nena.

—¿Y qué se te ocurre? —inquirió su compañero.

—Yo lo mataré. Y no tendremos que preocuparnos durante el resto del viaje.

Jim no se volvió hacia Richard Forrest. Siguió mirando a Rock.

—Martin, ¿quieren convertirse en un par de asesinos?

Rock se encogió de hombros.

—Podemos disparar en defensa propia.

—Mi revólver está en el suelo.

—Eso no lo sabe nadie. Contaremos que usted lo tenía en la funda y que se le cayó cuando trató de matarnos a traición.

Eleanor gritó:

—¡No hagan eso! ¡No lo maten!

—Tú, a callar nena.

—Son un par de criminales.

—Somos dos chicos que saben lo que se hacen.

Forrest volvió a reír estridentemente.

—Me divierte. Esto me divierte.

Jim apretó los maxilares.

—¿Es así como resuelven sus problemas?

—Usted lo ha querido, *sheriff* —repuso Martin.

Eleanor volvió a gritar:

—¡Son bichos! ¡Dejen al menos que el *sheriff* se defienda!

Forrest le contestó:

—No, nena. Rock Martin y yo no corremos riesgos inútiles y tenemos la oportunidad de acabar con este *sheriff* tonto.

Tony Marvin apareció en el patio y se detuvo al verla escena que se ofrecía ante sus ojos.

Jim soltó una maldición, porque su nuevo ayudante tenía el revólver en la funda.

Forrest movió el arma.

—Cuidado, rubio. No hagas nada.

—Jefe, ¿qué pasa?

—Me atraparon y te atraparon también a ti, ayudante.

Tony se quedó un instante quieto, pero luego cogió su chapa y la arrojó al suelo.

—Ya no soy su ayudante.

Fue a volverse, pero Forrest dijo:

—Un paso más y te mueres con tu jefe.

Tony sonrió.

—Oiga, amigo, no soy el ayudante del *sheriff*.

—Lo eras cuando llegaste.

—Pero ya ha oído que renuncié.

—No se permite la renuncia.

—¿Qué es usted? ¿Inspector de comisarías?

—Para ti, como si lo fuese.

—Oigan, amigos, no tienen por qué ponerse así. Sólo llevaba la placa por un rato. Estaba sin blanca y decidí pegársela al *sheriff*. No tienen por qué matarme. Por mí, Spencer Hansen puede continuar con su negocio de carnicería.

—¿Spencer Hansen?

Jim sonrió.

—Tony estos hombres no tienen nada que ver con Spencer Hansen.

—¿Ah?, ¿no? Pues entonces, razón de más para que me largue. Yo sólo me comprometí para echarle una mano con respecto a Spencer Hansen. No, *sheriff*, no cuente conmigo. Yo soy su ayudante desde hace menos de una hora. Y no puedo cargar con las culpas que usted haya acumulado durante años. No sería justo. De modo que voy a decirles una cosa, muchachos. Por mí pueden hacer con el *sheriff* lo que quieran, desde un afeitado hasta ponerle en escabeche.

Fue a dirigirse hacia la puerta.

Forrest apretó el gatillo.

La bala se enterró a los pies de Tony.

Jim se dejó caer en el suelo.

Tony al ver lo que se avecinaba, saltó en el aire.

Eleanor lanzó un chillido.

Jim se apoderó del revólver, y desde el mismo suelo, empezó a soltar plomo.

Forrest había visto al *sheriff* por el rabillo del ojo y se revolvió, pero no lo hizo con bastante prisa porque Jim le metió una bala por la boca.

Rock Martin mandó un proyectil contra el *sheriff*, pero éste rodó dándose impulso y no fue alcanzado por el proyectil.

Tony Marvin disparó dos veces.

Rock fue arrancado de la silla y cayó mortalmente herido.

—¡Basta, Tony! ¡No más tiros! —dijo Jim, y se puso en pie.

La joven tenía las manos en las mejillas, aunque esta vez no había cerrado los ojos. Sonrió a Jim.

—Menos mal que todo salió bien.

—Fue nada más el comienzo, Eleanor.

—Voy con el niño —la joven saltó del caballo y entró en el hotel.

—*Sheriff*, creí que su único lío era Spencer Hansen.

—No es así.

—Desde hacer rato, ya sé que no.

—Te lo voy a contar, Tony.

Jim le explicó la aventura de Eleanor. Y cuando hubo terminado, el rubio se echó a reír.

—¿Te resulta divertido, Tony?

—Al conocerte pensé que era usted un tipo muy duro. Y tiene hasta un hijo.

—Tony, por la explicación que te he dado, está claro que yo no soy el padre del bebé.

—Y para colmo tiene a la nena que está haciendo de madre y que es perseguida por la heredera de Henry Robbins.

—Un *sheriff* no elige sus problemas.

—Lo siento, jefe, pero le voy a presentar mi dimisión.

—¿Quieres largarte de Spring Valley?

—No me pienso largar de momento, pero no me interesa ser su ayudante.

—Te adelanté unos dólares.

—Ande dígame que su vida no vale diez pavos…

—Eres un poco bastardo.

—Un poco. Pero hay mucho bastardo entero por ahí.

Tony cogió la insignia que había tirado poco antes de iniciarse el tiroteo y se la entregó a Jim.

—Ahí tiene su placa, *sheriff*.

Jim la aceptó.

—Está bien, Tony. No te puedo obligar a que sigas siendo mi ayudante, cuando las cosas están feas.

—Puede arreglarlas.

—¿Ah? ¿Sí? ¿De qué forma?

—Deje que la chica siga huyendo.

—Nunca podría escapar.

—Usted no puede saber el futuro.

—Sí, Tony. Sé algunas cosas sobre el futuro y Eleanor Brian no tardará en caer en manos de los hombres de Jane Robbins. La chica no conoce la región. Nunca viajaría por el sitio más adecuado. En un día o en dos, sus perseguidores darán con ella.

—¿Le gusta?

—¿Eh?

—Le pregunto si le gusta la chica.

—Claro que me gusta. Como puede gustarle a cualquiera. Es una mujer que reúne muchas condiciones.

—¿Se ha enamorado de ella?

—No —contestó Jim de mala gana.

—*Sheriff*, esa chica le ha tocado el corazón.

—¡Lárgate con tus girls y deja de meterte en mis cosas!

Tony se marchó riendo.

Jim fue a la habitación de Eleanor.

El niño estaba otra vez dormido.

—No hablemos aquí —dijo ella.

Salieron al corredor.

Eleanor se apoyó en la pared.

—*Sheriff*, quiero decirle algo rápidamente. Me he enamorado de usted. Le quiero. Y si no me besa ahora mismo, soy capaz de saltar a su cuello y comérmelo a bocados.

CAPÍTULO XI

Jim Clifford sonrió.

—No tanta furia, Eleanor. Las pelirrojas y las rubias primero.

—¡Que venga una pelirroja o una rubia y la tiro por la ventana!

Eleanor se acercó a Jim le echó los brazos al cuello, entreabrió los labios y con los ojos soñadores dijo:

—¿No le gusta mi boca?

—Sí.

—Entonces, ¿qué está esperando para darme ese beso? Y, por favor, ponga un poco de pasión.

Jim la puso.

Él se soltó al fin y rezongó:

—Deja ya de representar, Eleanor.

—¿Qué dices, Jim?

—Estás muerta de miedo. Y crees que sólo engatusándome podrás conseguir que yo te defienda hasta el fin.

—No pierdas el tiempo y bésame otra vez.

—No, Eleanor. No me gusta besar a una mujer que sólo pretende de mí que la defienda. No me puedes ofrecer dinero porque no lo tienes. Y entonces me ofreces besos.

Ella apretó los labios.

—De acuerdo, Jim. Tengo miedo y necesito protección. Y es posible también que haya pensado en ti porque has demostrado ser un hombre en el que se puede confiar. Pero también hay otra cosa.

—Ya basta con lo que dijiste. No me interesa el resto.

Jim echó a andar.

—¡Jim vuelve!

Jim giró en el extremo del corredor.

—Te seguiré defendiendo, Eleanor. Pero no trates de pagar mi

trabajo como si fueses una girl.

Eleanor hizo un gesto de furia y entró en la habitación.

Jim bajó la escalera.

Rose dijo:

—Jim has ensuciado mi patio con dos fiambres.

—Lo siento, Rose. Pero tuve que hacerlo o tu patio habría quedado sucio con mi cadáver.

—Es la chica, ¿verdad? Es ella la que indujo a sacar el revólver.

—Supón que sí.

—Nunca pensé que te dejarías pescar en la red de una mujer.

Jim soltó un gruñido y no quiso seguir discutiendo den Rose. Salió a la calle y se encaminó a la oficina.

Sam, ¿otra vez con el *whisky*?

—Estoy muy malito, pero prometo no emborracharme.

Clifford pensó que no valía la pena enfadarse con Sam. Después de todo, él podía tener razón. Era la mejor oportunidad para beber *whisky* e incluso para que se emborracharse. De esa forma se lo quitaría de encima. No, él no podía utilizar a Sam como escudo. Las cosas estaban muy difíciles. Muy pronto Spencer Hansen se enteraría que los últimos tres pistoleros que le había enviado estaban muertos. Y entonces Spencer Hansen tendría que dejarse ver. Y un duelo con Spencer Hansen sería siempre peligroso.

—¿Y los hombres de Jane Robbins?

Cuando llegasen al pueblo, sería el principio del fin.

—Trae el frasco, Sam.

—¡No lo rompas, Jim!

—No lo romperé. También quiero beber.

Jim cogió el frasco y, después de limpiar con la manga la embocadura, bebió un largo trago.

Devolvió el frasco a Sam y se puso a pasear por la estancia.

Finalmente se detuvo ante la ventana y miró fuera.

Se preguntó si se había comportado bien con Eleanor, cuando ella le pidió besos. ¿Qué clase de besos le podía ella ofrecer? Eleanor había admitido que tenía miedo. ¡Al diablo con sus pensamientos!

De pronto oyó una cabalgada.

Sam corrió a abrir la puerta y salió. Entró enseguida.

—¡Jane Robbins!

—¿Estás seguro?

—La vi una vez hace un par de años.

Jim cogió un rifle y salió de la comisaría.

Jane Robbins no venía sola. La acompañaban diez hombres.

Los jinetes siguieron avanzando.

Jim sólo tenía ojos para aquella mujer. Podría tener unos veintitrés o veinticuatro años. Se cubría con vestimenta varonil, camisa a cuadros y pantalón. Era rubia, de cutis como el nácar, y ojos verdosos, rasgados, que a Jim le hicieron recordar a un animal felino.

La joven levantó le brazo cuando llegaron a la comisaría.

—¡Alto!

Sus hombres se detuvieron.

Jane señaló al *sheriff*.

—¿Es usted Jim Clifford?

—Sí.

—He oído hablar de usted, al marshall de Rostrogordo. Él no tardará en llegar.

—¿Qué quiere hacer aquí el marshall de Rostrogordo?

—No se haga de nuevas, *sheriff*. Uno de mis hombres, Rock Martin, me telegrafió. Yo estaba cerca de aquí. En el pueblo de Denton.

Jim no habría podido impedir que Rock Martin telegrafiase, de no haber cortado la línea. Un ciudadano podía mandar los telegramas que quisiese. Y Denton estaba a veinte millas de Spring Valley.

La joven sacó un papel del bolsillo de la camisa, hizo una bola con él y lo arrojó a Jim.

—Lea eso, *sheriff*.

Jim cogió la bola de papel y la desenrolló.

El telegrama decía así:

> «Encontramos a Eleanor Brian en Spring Valley. El *sheriff* se muestra duro. Tendremos que sacar a Eleanor Brian por sorpresa o cargarnos al *sheriff*».

Jim miró los ojos verdosos de la joven.

—Este texto no se puede telegrafiar.

—¿No? ¿Y qué es lo que tiene en la mano? ¿Un trozo de pastel de manzana?

Los hombres de Jane rieron aquellas palabras.

Jim también esbozó una sonrisa.

—Señorita Robbins, me refería a que mandar este texto equivale a confesar un crimen. Aquí se anuncia mi muerte. El telegrafista sabe perfectamente que no se puede mandar esta clase de avisos. Lo cual quiere decir que fue obligado por ese hombre, Martin, para que el mensaje le fuese enviado.

—El caso es que se envió y yo lo recibí. Y estamos aquí.

—También sus hombres están aquí. Los dos primeros, Martin y Forrest.

—Quiero hablar con ellos.

—No puede.

Jane señaló la comisaría.

—¿Es que los detuvo?

—No.

—Entonces, no puede impedirme que hable con Martin, y Forrest.

—Están en la funeraria, señorita Robbins. Murieron.

—¡No pude ser!

Jim levantó el telegrama.

—Aquí lo dice, señorita Robbins —hizo una pausa y siguió: «Tendremos que sacar a Eleanor por sorpresa o cargarnos al *sheriff*». Eso fue lo que intentaron. Y le aseguro que ellos tenían todas las ventajas.

Los hermosos ojos de Jane estaban llenos de ira.

—Bien, *sheriff*. Es agua pasada.

—Celebro que sea tan comprensiva.

—¿Sabe que Eleanor Brian mató a mi padre?

—Sí, y también sé por qué lo mató. Su padre quería propasarse con ella y Eleanor se defendió.

—¡No continúe!

—Repito que Eleanor procedió en legítima defensa.

—De modo que está protegiendo a esa mujer.

—Sí.

—¿Por qué?

—No consiento que en mi ciudad se cometa atropellos.

Jane se echó hacia delante sobre el caballo.

—*Sheriff*, esa chica mató a un ciudadano en Rostrogordo. Por tanto, es un asunto que compete al marshall de Rostrogordo. Usted debe entregar a esa mujer al marshall porque donde debe ser juzgada es en Rostrogordo, por un jurado de Rostrogordo y un juez de Rostrogordo. ¿Algo que oponer?

—Mucho.

—¿Qué cosa?

—Se lo diré al marshall de Rostrogordo.

—No tardará ni una hora el llegar. Estaba en las montañas que rodean Denton. Y le dejé un aviso en Denton diciéndole que veníamos a Spring Valley. En cuanto llegue el marshall, usted ya no tendrá ningún derecho a retener a la prisionera.

Estaba claro que Jane pensaba en algo que no era verdad. Que Eleanor estaba detenida en una celda.

—Vamos, muchachos.

Se fueron hacia el saloon.

Jim permaneció quieto. Mirándolos.

Jane Robbins entró en el saloon con sus hombres. Pero antes de hacerlo se detuvo un instante y se volvió hacia el *sheriff*.

Sam apareció por detrás de Jim, con un rifle en la mano.

—Estuve junto a la ventana, a la espera de que el baile empezase.

—El baile se aplazó.

—Ya lo oí.

—Voy al hotel, Sam. Traeré otra vez a Eleanor. No puede quedarse allí.

Jim cruzó la calle y entró en el hotel.

—Estás muy solicitado, *sheriff* —dijo Rose—. Jane Robbins nunca habría venido a la ciudad. ¿Qué le das?

Jim no contestó y subió la escalera.

Llamó en la puerta número 12.

—¿Quién es? —Oyó la voz de Eleanor.

—Yo, Jim.

—¡Lárgate!

—Tienes que venir conmigo.

—¿Adónde?

—A la comisaría. Llegó jane Robbins y no puedo dejarte aquí.

—Ya no te necesito, *sheriff*. Es mejor que te encierres en tu oficina y no salgas hasta que me haya ido con esa gentuza.

—No voy a consentir que te atrapen.

—Vete.

—Si no abres ahora mismo, le pego un tiro a la cerradura. Y el disparo servirá para que vengan más pronto hasta aquí. Contaré hasta cinco.

Empezó a contar mentalmente, pero antes de llegar a cinco, Eleanor abrió la puerta. Tenía el niño en sus brazos.

—Está bien, Jim. Iré contigo.

—Vamos.

Empezaron a bajar la escalera.

De pronto Jim se detuvo.

Dos hombres que acompañaban a Jane Robbins estaban en el registro preguntando a Rose.

Ya era demasiado tarde para retroceder.

Los tipos miraron hacia arriba y vieron a Eleanor.

—No hace falta que nos conteste, señora. Ahí está la chica que nos interesa.

Jim y Eleanor se habían detenido.

Jim se puso delante de la joven y del niño.

—Eh, ustedes, tengan cuidado. La chica lleva un niño en los brazos.

—Sí, *sheriff*. Ya hemos visto que lleva un niño. Y yo le diré lo que Eleanor Brian va a hacer. Le entregará a usted el niño y ella bajará para reunirse con nosotros.

—¿Y luego?

—Ella y nosotros nos iremos en busca de la señorita Robbins.

CAPÍTULO XII

Jim Clifford negó con la cabeza.

—La chica está detenida.

—¿Por qué?

—Por armar escándalo en el hotel.

—Y la lleva a su oficina.

—Sí, para encerrarla.

El hombre que estaba hablando tenía los ojos muy pequeños.

—*Sheriff*, un escándalo en un hotel no tiene importancia, comparado con un asesinato.

—Ella no ha cometido ningún asesinato.

—No lo cometió aquí, pero lo cometió en Rostrogordo.

—No voy a discutir con ustedes eso. Retrocedan hacia el fondo del vestíbulo y pónganse cara a la pared. No muevan las manos hacia el revólver. La chica y yo saldremos a la calle.

Ojos Pequeños sonrió enseñando unas encías en las que faltaban un par de dientes.

—*Sheriff*, no se haga el mandón.

—Aquí soy el que manda.

—Le recuerdo que somos hombres al servicio de Henry Robbins y, como él está muerto, ahora obedecemos a Jane Robbins. Somos muchos, *sheriff*. Usted vio a diez, pero dentro de un rato vendrán otros diez. No trate de abarcar más de lo que puede, Clifford. Usted no tiene nada que hacer. Y, además, está protegiendo a una asesina.

—Sus palabras no han servido para que cambie de opinión. Obedezcan. Váyanse hacia la pared y quédense de espaldas durante un par de minutos.

Ojos Pequeños miró a su compañero y éste le hizo un gesto afirmativo.

Tiraron del revólver.

Jim sacó una vez más aquel caluroso día.

Se produjo un tableteo porque los disparos de engarzaron uno con otro formando un solo trueno.

Los dos fulanos retrocedieron manoteando porque estaban recibiendo el plomo.

Rose lanzó un escalofriante chillido.

Jim no permitió que Ojos Pequeños y su compañero mandasen una baa en aquella dirección porque podían haber alcanzado al niño.

Los dos empleados de la señorita Robbins hicieron desconchados en la pared con sus balas porque se estaban derrumbando.

—A la calle, Eleanor.

Jim abandonó el hotel precediendo a la joven.

Pero en aquel momento Jane salió del saloon con sus hombres.

—Señorita Robbins —exclamó Clifford— si alguien trata de disparar hacia aquí, la mato a usted.

Jim tenía razones para decir aquello porque algunos empleados de Jane ta tenían el revólver en la mano.

Jane Robbins puso los brazos en jarras.

—*Sheriff*, ¿qué ha pasado?

—Mate a sus dos empleados.

—¿Por qué?

—Quisieron llevarse a Eleanor Brian.

—Entonces está aquí.

—Sí.

—Entréguemela.

—No se la voy a entregar.

—¡*Sheriff*, ella es una asesina y usted se está convirtiendo en un asesino!

—Sólo soy un hombre justo.

—Usted quiere ser un hombre muerto.

—Es lo que han pretendido sus hombres. Matarme. Pero no lo han conseguido.

—Todavía me quedan ocho.

—Se estarán quietos porque ya le he dicho que no dispararé contra ellos, sino contra usted.

—¿Se atrevería a disparar contra mí?

—Le juro que sí.

Jane se echó a reír.

—Está bien, *sheriff*. Usted gana. Ya puede decirle a esa nena que salga.

—No, no saldrá hasta que sus hombres se hayan metido en el saloon.

—De acuerdo, yo también me meteré.

—No. Usted se quedará ahí. Quiero tenerla a tiro, por si alguno de sus chicos se le ocurre mandar una bala.

Jane Robbins apretó los menudos dientes con rabia.

—Piensa en todo, ¿verdad, *sheriff*?

—Tengo que pensarlo porque es mi piel la que está en juego.

—Su piel vale ahora menos de cinco centavos.

—La suya no valdrá un centavo, señorita Robbins. No valdrá si no ordena que sus hombres se metan en el salón.

Jane titubeó unos instantes.

—Ya habéis oído, muchachos. Entrad en el saloon y que nadie intente disparar.

Sus empleados no se dieron mucha prisa en obedecer, pero fueron entrando lentamente en el saloon.

Sólo quedó en el porche Jane Robbins.

—¡Eleanor! —dijo Jim sin volver la cabeza.

Eleanor salió con el niño en brazos y se detuvo junto a Clifford. Miró a Janet Robbins.

La hija del hombre muerto también observó con atención a aquella mujer.

—Por fin te conozco, Eleanor Brian. Por fin veo a la asesina de mi padre.

—Yo no asesiné a su padre. Él quiso abusar de mí, y me defendí con la única arma que tenía a mi alcance.

—Si es verdad, no debes temer. Ven con nosotros a Rostrogordo, que es donde cometiste tu delito. Tendrás un juicio.

Eleanor titubeó.

—¿No sería eso lo mejor, Jim?

—No, no sería lo mejor para ti, Eleanor.

Janet Robbins dejó oír su voz llena de ira.:

—*Sheriff*, debería aconsejar mejor a su cliente.

—Vete hacia la comisaría, Eleanor.

Eleanor, con el niño en brazos, se dirigió hacia la oficina.

Jane miró a la joven unos instantes y luego clavó sus furiosos ojos en el *sheriff*.

—Clifford, ¿hasta dónde cree que puede resistir?

—Estoy acostumbrado a estas situaciones.

—Conozco lo que hizo en Spring Valley. Me lo contó un pistolero que está ahora a mis órdenes.

—Me alegra que esté enterada.

—Limpió la ciudad de gentuza, y fue muy felicitado por ello.

—Es la historia resumida.

—Le daré quinientos dólares.

—¿Por qué?

—Por entregarnos a Eleanor.

—No.

—Mil dólares.

—No, señorita Robbins. Y será mejor que no siga ofreciendo dinero. No le entregaré a Eleanor Brian ni, aunque me regale la mitad de su rancho.

—Mi rancho no se regala, señor Clifford. Es mi herencia. A mi padre le costó mucho esfuerzo tener lo que me dejó.

—Sí, tuvo que derramar mucha sangre inocente.

—¡No insulte a mi padre! ¡Fue un gran hombre!

—Me temo que no opinamos lo mismo con respecto a Henry Robbins.

—Es otra diferencia que nos separa.

Jim empezó a retroceder sin dejar de apuntar a Janet con el revólver.

—Señorita Robbins, hablaré con el marshall de Rostrogordo.

—Se le enviaré cuanto llegue.

—Si quiere aceptar un consejo, salga de la ciudad con sus empleados.

—Me quedaré en Spring Valley hasta que haya resuelto el asunto por el que vine.

Janet dio media vuelta y entró en el saloon.

Jim caminó rápidamente hacia la comisaría.

Sam abrió la puerta.

La joven estaba en el camastro de la celda dándole un biberón al niño.

Sam Elliot dio un suspiro.

—Nunca he visto que en Spring Valley se pusiesen las cosas tan feas. Quiero decir en los últimos años, desde que limpiaste la ciudad, Jim.

—Teníamos demasiada paz.

—Es posible que todo estuviese muy tranquilo. Pero que se hayan puesto de acuerdo para amargarnos la existencia.

Eleanor terminó de dar el biberón y el niño se durmió enseguida.

Lo dejó en la cama con cuidado, poniendo almohadones para que no se cayese.

Jim fumaba un cigarrillo junto a la ventana.

—Voy a hacer la comida —dijo Sam, y se fue a la cocina.

Al quedar a solas, Eleanor puso una mano en el brazo de Jim.

—*Sheriff*…

—¿Qué?

—¿Eres mujeriego?

—Lo he sido.

—Por eso no quieres saber nada de una mujer en particular. Quiero decir de una que te cuide para siempre. Lo piensas y te aburre.

Jim la miró a los ojos.

—Pienso de otra forma.

—¿Quieres decir que has cambiado?

—Sí.

—¿Por quién?

—Por ti.

—¿Qué cambios te he producido yo?

—Es mejor que no sigamos hablando.

—¡Tenemos que seguir hablando!

—Eleanor, ¿es que no te das cuenta de que hay muy pocas posibilidades para que tú y yo sigamos…?

—¿Sigamos qué? ¿Queriéndonos?

—De acuerdo. Es eso.

Eleanor saltó al cuello de él.

—¿Me quieres Jim? ¿Tú me quieres?

Le besó en la boca.

—Te quiero, Eleanor.

—Yo te adoro.

—Somos un par de locos. Estamos diciéndonos cosas lindas. Llegarán más hombres de Janet Robbins con el marshall de Rostrogordo y todo se acabará para ti y para mí.

—Ya he decidido lo que tengo que hacer.

¿El qué?

—Me entregaré.

—Estás chiflada.

—Seré juzgada en Rostrogordo. Tendré un abogado y él dirá la verdad de lo que pasó.

—Jane Robbins sólo piensa en su venganza. Y no consentirá que te escapes de sus manos. No creo que se ventile ningún juicio. Te matarán en el camino de Rostrogordo.

—Es lo que tú sopones.

—Es lo que pasaría sin lugar a dudas.

—Déjame que sea yo quien decida.

—No, Eleanor. No lo voy a permitir. Si tuviese alguna esperanza de que, efectivamente, ibas a tener un juicio imparcial es posible que yo mismo te invitase a entregarte, porque así lo dice la ley. Tú mataste a y debes de ser juzgada. Aunque luego tendrían que soltarte porque se probaría que procediste como una mujer honesta, defendiéndote contra los torpes deseos de Henry Robbins. Pero te repito que esa mujer tenía un ídolo, su padre. Y ahora se quedó sin él. Tú lo derrumbaste. Y nada ni nadie será capaz de detenerla. Sólo se dará por satisfecha cuando tú hayas dejado de existir.

Jim la besó de nuevo.

Y la estaba besando cuando la puerta se abrió.

Jim se apartó de Eleanor con rapidez.

No sacó el revólver al ver que el hombre que había entrado no llevaba el revólver en la funda. Al ver su cara, supo quién era. Se lo habían descrito muchas veces, aunque no lo hubiese visto con anterioridad.

CAPÍTULO XIII

—¿Spencer Hansen? —inquirió Jim Clifford.

—Sí, Spencer Hansen.

Jim apartó a la joven.

—Vuelve a la celda, Eleanor.

Eleanor retrocedió, pero no entró en la celda. Se quedó junto a la puerta, cogida a los barrotes.

El visitante siguió en el mismo lugar.

—*Sheriff*, debo decir en su favor que es un hombre que sabe usar el revólver.

—Tengo entendido que usted también sabe usarlo.

—No me puedo quejar de mis habilidades con un arma. Por eso pienso que este duelo entre usted y yo va a ser el mejor de todos los tiempos.

—Antes de que el duelo entre usted y yo empiece, quisiera saber por qué quiere verme muerto, Hansen.

—Por algo malo que hizo.

—Eso ya se lo oí a los hombres que me envió. Pero no me ha servido para recordar nada, Spencer.

—¿No?

—Le juro que no sé por qué quiere meterme bajo tierra. Para ello le quiero hacer un ruego. Explíqueme a qué se debe su actitud.

Spencer Hansen entornó los ojos y soltó una risita.

—Quería que se muriese sin saberlo.

—¿Cree que es razonable?

—Pensé que era la mejor muerte para usted. Que se marchase al otro mundo sin saber por qué le metían los plomos. Pero estoy seguro que ha pasado ya un infierno. Se tuvo que enfrentar a los tipos que contraté. Se habrá quedado preguntando una y otra vez

por qué Spencer Hansen quería liquidarlo. Ahora que estamos frente a frente, se lo voy a decir.

Jim enarcó las cejas. Por fin iba a saber por qué Spencer Hansen quería acabar con él.

—Usted mató a mi hermano, Clifford.

—No recuerdo haber matado a nadie que se llamase Hansen.

—Éramos sólo hermanos de madre. Por eso, él no de llamaba Hansen como yo.

¿Y cuál era su nombre?

—Leslie Morris.

Jim se quedó pensativo unos instantes.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace dos años.

—¿Aquí en Spring Valley?

—Sí, aunque ya he tardado en saberlo. Hace exactamente quince días. Durante dos años estuve buscando a Leslie y nadie me pudo dar razón de él. Hasta que hace un par de semanas me encontré en Lakefield, a un hombre que había sido amigo de Leslie.

—¿Quién era ese hombre?

—Alfred Burton.

—Oiga, Hansen, conozco a Alfred Burton. Es un granuja y un canalla.

—Pero dijo la verdad.

—No recuerdo haber matado a nadie que se llamase Leslie Morris.

—Alfred Burton me explicó que mató a Leslie Morris en el saloon porque discutieron por una girl.

—Desde ahora le puedo decir que es falso. Yo no he matado a nadie por discutir por una girl. Comprendo lo que hacen las girls. Se ganan la vida como pueden. Y nunca me encapriché con una de ellas. Me he divertido con las girls, como cualquier ciudadano, pero considero estúpido que alguien saque el revólver y se líe a tiros por una girl. Son profesionales y están en los saloons para que los hombres pasen el rato.

—Trata de confundirme.

—No, Hansen, quiero que sepa cómo pienso y cómo soy. Alfred Burton le engañó miserablemente. Dígame, ¿cómo se llama esa girl?

—Olga.

—No hay ninguna girl aquí que se llame Olga. Nunca la ha habido en tres años.

—¿No?

—Tiene mi palabra.

—Voy hacer una gestión, *sheriff*. Iré a preguntar al saloon. Si alguien me dice que ha habido en Spring Valley una girl que se llama Olga, me bastará con esa información. Le mataré.

Spencer salió de la comisaría pegando un fuerte portazo.

Eleanor exhaló el aire y corrió al lado de Jim. Se echó en sus brazos.

—Apriétame fuerte, Jim. Estoy como un témpano de hielo.

Jim la estrechó contra sí y sonrió.

—No te preocupes. Hansen comprenderá que he dicho la verdad. Alfred Burton sólo ha querido vengarse de mí. Hacia trampas en el juego y lo eché de la ciudad. Burton se enteró de alguna manera que Hansen estaba buscando a su hermanastro y le contó la fábula de que yo había matado a Leslie.

El ayudante asomó la cabeza por la cocina. Tenía una sartén en la mano.

—Me sale muy mal la comida hoy. Ya he achicharrado tres huevos.

—Te echaré una mano, Sam —dijo Eleanor.

—Es que estoy muy nervioso, señorita Brian.

Eleanor le dio un beso a Jim y se marchó con Sam a la cocina.

Llamaron a la puerta.

Jim puso la mano en la culata del revólver.

—Pase.

Se abrió la puerta y entró una joven que había visto varias veces en la ciudad. Era una bonita granjera que tenía su casa a diez millas al norte. Se llamaba Susie Baker.

—Hola, *sheriff*.

—¿Cómo está tú tío, Susie?

—Bien.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Devolverme a mi hijo.

—¿Tú qué?

—*Sheriff*, no me interrumpa porque me está costando mucho trabajo decirlo.

—Adelante, Susie.
—El hijo es mío.
—¿Te refieres al niño que encontraron en el establo?
—Sí.
—¿Quién lo dejó?
—Yo misma.
—No quiero más líos con ese niño. ¿Qué decía la carta?
—El sobre iba dirigido a Jim Clifford, *sheriff* de Spring Valley.
—Te he preguntado por la carta. ¿Qué decía?
—«Querido Jim. —Susie cerró los ojos— he aquí el fruto de nuestra unión. Fuimos los dos culpables… Pero yo no puedo hacer frente a mi responsabilidad. Soy una desgraciada…».
—Basta, Susie.
—Ella abrió los ojos.
—¿Está convencido?
—Sí, estoy convencido de que el hijo es tuyo. Pero tú eres soltera, y me escribiste la carta. Y sabes perfectamente que yo no puedo ser el padre.
—Claro qué lo sé.
—¿Quién es el padre?
—Alex Osborn.
—Alex Osborn era el hijo del almacenista. Un muchacho de veintitrés años que acababa de terminar la carrera de leyes. En una semana, Alex se iría a San Francisco, porque quería ejercer allí la profesión.
—De modo, que no quieres a tu hijo —rezongó Clifford.
—Claro que lo quiero. No soy una madre como usted cree.
—¿Entonces?
—Mi tío me obligó a abandonar a mi hijo. Pero ya estoy arrepentida. He pasado un infierno. Se lo dije a mi tío antes de venir. Estaba decidida a recuperar a mi hijo. No volveré a la granja de mi tío. Él me amenazó. Sí volvía aquí por el bebé, tenía que olvidarme de él. Y me voy a olvidar de él.
—¿Y qué planes tienes?
—Me marcharé de aquí y trabajaré.
Eleanor salió de la cocina.
—Lo he oído todo, Susie.
—¿Quién es usted?

—La mujer que ha hecho de madre de tu hijo. Yo lo encontré en el establo junto a una carta.

—Perdone que le haya ocasionado tantas molestias.

—No me ha molestado. El bebé es maravilloso. Ojalá tenga yo un bebé como él. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿No le ha puesto nombre todavía?

—No, aunque hubiese querido ponerle Alex, el nombre de su padre.

—¿Sabe Alex eso?

—Sí.

—¿Por qué no se casó contigo?

—No quiso saber nada de mí cuando le dije que iba a tener un hijo suyo.

El aquel momento el niño se echó a llorar.

Susie corrió a la celda y cogió al niño en brazos.

—Pobrecito.

Jim miró a los ojos de Eleanor y ella dijo:

—Perdona, Jim.

—No hay nada que perdonar.

—Te estuve acusando de ser el padre.

—Y yo te dije que no le era.

Susie se sentó en el camastro y meció al niño, que dejó de llorar.

Jim preguntó a Eleanor:

—¿De verdad quieres tener un niño como ése?

—Sí, Jim. Un hijo que sea tuyo y mío.

—¡Maldita sea, deja de pensar ahora en cosas imposibles!

—¿Por qué ha de ser imposible? Tú eres un hombre fuerte y yo una mujer sana. ¿Por qué no vamos a tener hijos fuertes y sanos?

—Porque el plomo lo puede impedir.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Jim.

El hombre que entró era el mismísimo Alex Osborn, el hijo del almacenista.

—*Sheriff*, tengo que decirle algo importante.

—¿Qué es, Alex?

—Me han dicho que usted recogió a un niño.

—Bueno en realidad no fui yo. Fue esta joven. Eleanor Brian. Y

con el niño había una carta. En ella me dicen que soy el padre de la criatura.

Alex se miró la punta de las botas.

Jim le dio una palmada.

—Eso te debe servir de lección, Alex. Las mujeres son así. Con tal de encontrarle un padre a un niño son capaces de levantar las mayores calumnias. Yo me pregunto: ¿Quiénes serán los padres de esa criatura? Él debe ser un tipo de cuidado. Cada día empeoran los sentimientos humanos. Un poco más y el mundo se convertirá en una auténtica selva. Ya lo dijo alguien antes que yo y, desgraciadamente, está acertando.

—Yo soy el padre.

—¿Qué?

—Yo soy el padre del niño.

—No me lo digas.

—¡Sí, yo soy ese canalla! Verá, *sheriff*, me encontré con Susie cerca de su granja y la chica me gustó. De modo que fui varias veces a pasear con ella. Y cada vez me gustaba más. Y yo no le era indiferente. Ya sabe cómo son estas cosas. En fin, ¿para qué alargárselo? No tengo perdón por mi cobardía. Susie me explicó lo que le pasaba. Y, naturalmente, me lo dijo para que yo me casase con ella. ¿Y sabe lo que hice, señor Clifford? No volví a verla. ¿Soy o no soy un canalla?

—¿Quieres a Susie?

—Si no la quisiese, no estaría aquí. Por eso le pido a usted que vaya a la granja y hable con ella.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—Ella no me creería.

—Quizá no tengas necesidad de ir a la granja.

—No entiendo.

—Mira hacia la celda.

Alex Osborn miró hacia la celda y vio salir a Susie Baker.

CAPÍTULO XIV

Alex Osborn hizo un gesto de asombro.

—¡Susie!

—Hola, Alex. Te he escuchado porque estaba aquí dentro.

Alex caminó hacia ella.

—Susie, te ruego que me perdones.

—Ya estás perdonado.

Susie se echó en sus brazos y él la estrechó contra sí y la besó en los labios, en las mejillas y en los ojos.

El niño empezó a llorar en el interior de la celda y los dos corrieron hacia el camastro.

Al cabo de unos instantes salieron.

Ella llevaba el niño en brazos. Y Alex había echado su brazo sobre los hombros de ella.

Susie sonrió.

—*Sheriff*, señorita Brian, gracias por todo lo que han hecho.

—Fue mi deber —repuso Clifford—. Ya lo puedes llamar Alex.

—Sí, *sheriff*. Se va a llamar Alex.

Los dos jóvenes con su hijo salieron de la comisaría.

Eleanor se echó a llorar.

—¿Qué te pasa, Eleanor?

—Estoy emocionada.

—Le habías tomado cariño al bebé.

—Sí.

—Bueno, si las cosas se arreglan, encargaremos uno.

—¿Te casarías conmigo, Jim?

—Sí todo estuviese solucionado, me casaría contigo inmediatamente.

—¡Te cojo la palabra!

Sam salió con la sartén en la mano.
—Otro huevo quemado.
En aquel momento de oyó una galopada.
A Sam de le cayó la sartén al suelo.
—Dios mío, por el ruido que hacen deben ser lo menos quince jinetes.
Jim atrapó el rifle.
—No salgas, Eleanor. Ni tú tampoco, Sam. ¡Es una orden que vale para los dos!
Salió al porche.
Justo enfrente estaban pasando diez jinetes y el que iba al frente era el marshall de Rostrogordo.
—Se dirigían hacia el saloon, en cuyo porche se encontraba Jane Robbins con sus ocho empleados.
El marshall bajó del caballo y habló con Jane.
Los dos miraron hacia la comisaría mientras la joven gesticulaba.
El marshall sacudió la cabeza y echó a andar por la calzada hacia el lugar donde se encontraba Jim.
—¿Cómo está, Clifford?
—Bien, Kennedy.
—La señorita Robbins me ha contado una historia que no me gusta nada. Estamos persiguiendo a una asesina y usted le dio refugio.
Jim frunció las cejas.
—No quiero perder más tiempo de preciso para aclarar de una vez por todas las cosas, Kennedy. Efectivamente, tengo en mi oficina a Eleanor Brian, aunque hay algo que no admito. Que sea una asesina.
—No me negará que es de la competencia de un juez y de un jurado de Rostrogordo determinar si es culpable o no culpable.
—Usted la llamó asesina y todavía no está juzgada. Y también la llamó asesina la señorita Robbins. Ustedes han determinado su culpabilidad sin juicio. ¡Fuera máscaras, Kennedy! Digamos las cosas sin tapujos. Ustedes quieren convertir a esa chica en una víctima.
—Soy el representante de la ley como usted.
—Usted es un criado de Jane Robbins.

—Max Kennedy endureció el rostro.

—Está feo que diga eso, *sheriff*.

—Está mucho más feo que un marshall se venda al más poderoso.

—Al parecer, no nos entendemos.

—No, Kennedy, usted y yo nunca nos podríamos entender.

—Me la tiene jurada desde que los cow-boys de Robbins mataron a Peter Lewis, el camarero ladrón.

—Aquel desgraciado dio muerte a una res para comer.

—Era un cuatrero y la ley dice bien claro que el que roba una res debe ser ahorcado.

—La ley no dice eso, Robbins hizo su ley y usted servía a Robbins como un perro fiel, y seguirá sirviendo a Jane Robbins como un perro fiel.

Kennedy apretó los dientes.

—Le dije a la señorita Robbins que yo arreglaría esto con usted.

—No se arregló.

—No, es cierto. Pensé que usted tendría más sentido común. Está en inferioridad, Clifford. Bastará que haga una señal para que los hombres de la señorita Robbins vengan hacia acá. Son catorce. Y usted está solo. ¿Quiere meditar eso?

—No hay nada que meditar.

—¿Mantiene su posición de no entregarnos a Eleanor Brian?

—Ella se quedará en mi comisaría. Hasta que yo tenga garantías de que tendrá un juicio imparcial. Para ello, el juicio se deberá celebrar en Spring Valley.

—No, Clifford, el juicio se celebrará en Rostrogordo.

—No hay acuerdo.

—Usted lo ha querido.

Kennedy hizo un gesto con la mano.

Los empleados de Jane Robbins se pusieron en marcha hacia la comisaría. Algunos de ellos ya tenían la mano en la culata del revólver para sacar más pronto.

El marshall Kennedy soltó una risita.

—Está loco, Clifford. No puede con un ejército.

—Me lo llevaré a usted por delante, Kennedy.

—Eso ya lo veremos.

Los hombres de Jane Robbins seguían andando.

—Un momento —dijo una voz.

Era Spencer Hansen. Y no estaba solo. Le acompañaba el rubio Tony Marvin.

Los dos se acercaban a grandes zancadas por la acera de tablones.

—Llegaron junto a Clifford.

Spencer habló a Jim, que no apartaba los ojos de Kennedy y de los empleados de Jane Robbins:

—No hubo ninguna Olga entre las girls que han actuado en Spring Valley, durante los tres últimos años. Usted tenía razón. Alfred Burton me engañó. Me han contado lo que usted hizo con Burton. Lo arrojó de aquí por hacer juego sucio, Burton sólo quiso vengarse de usted al darme el nombre del que mató a mi hermano.

—Ahora que aclaró las cosas se puede marchar.

—No, Clifford, no me marcharé hasta que haya rectificado algo del mal que le hice. Los hombres que les mandé estuvieron a punto de matarle. Tony, este rubio, me ha contado lo que pasa con usted. De modo, que he decidido poner mi revólver en su bando.

—Y el mío —dijo Tony.

—¿Por qué, Tony?

—Llevo una hora sin poder divertirme en el saloon.

Se me metió un gusanito dentro y empezó a corroerme. Sí, señor, estaba oyendo una voz interior que me decía: «Tony el *sheriff* es un tipo simpático y lo van a emplomar como dos y dos son cuatro. Hasta ahora has sido un granuja. Estafaste a la gente con el cuento del puente del río Concho. Estafaste a la gente de Abilene vendiendo tierras inexistentes. Has hecho muchas cosas feas, Tony. Pero un hombre puede empezar otra vez. Basta que se haga un examen de conciencia y llegue a la conclusión de que puede ser un hombre honrado dejando de ser un granuja». Ahí lo tiene todo explicado, señor Clifford. Tony Marvin quiere empezar una nueva vida. Y necesita servir una buena causa para lavar la ropa sucia que tiene en su baúl, al mismo tiempo que decía eso, se tocó la cabeza.

El marshall de Rostrogordo gritó:

—¡Son ustedes un par de locos si se ponen de parte de Jim Clifford! Dentro de unos instantes, vamos a mandar hacia aquí una lluvia de plomo. ¡Lárguense! ¡Están a tiempo!

Spencer Hansen y Tony Marvin no se fueron. Todo lo contrario.

Spencer se puso a la derecha y Tony a la izquierda de Jim.

—¡Fuego! —gritó el marshall.

Él y los pistoleros de Jane Robbins tiraron del revólver.

Jim Clifford, Spencer Hansen y Tony Marvin desenfundaron y se pusieron a gatillear con una rapidez increíble.

Kennedy lanzó un aullido cuando una bala mandada por Jim le entró por la garganta.

Otros hombres del bando de Jane Robbins empezaron a caer.

Clifford, Hansen y Marvin se habían separado al empezar el tiroteo y aquella dispersión fue buena porque los pistoleros estaban mandando balas al porche.

En pocos instantes, seis hombres quedaron en tierra.

—¡Alto! ¡No disparéis más!

Era Jane Robbins.

Sus hombres dejaron de hacer fuego.

Jim, Spencer, y Tony continuaron con la pistola en la mano, aunque dejaron de apretar el gatillo.

Jane avanzó hacia Jim. Su bello rostro estaba muy pálido. Se detuvo ante el *sheriff*.

—Señor Clifford, quizá le cueste trabajo creerlo, pero mientras estos hombres morían me he dado cuenta de que la vida de mi padre no fue todo lo buena que habría deseado una hija… Cuando él vivía, yo pensaba con su cabeza. Pero, desde que estoy sola, he empezado a obrar por mí misma. La noche pasada no pude dormir recordando cosas. En fin, señor Clifford, lo que debe importar a usted es que he reflexionado. A nada conduce la venganza, sobre todo cuando en el caso presente esa chica hizo lo que debía hacer una mujer honesta. Adiós.

La joven hizo una señal a sus hombres para que la acompañasen.

Jim dio media vuelta y entró en la comisaría.

Eleanor le esperaba junto a la puerta y se echó en sus brazos.

—¿Quién dijo que se iba a casar conmigo, Jim?

—Yo, el *sheriff*.

FIN